



90 minutos

Cuentos de fútbol

LIBROS Y CASAS



Este libro pertenece a:

90 minutos

Cuentos de fútbol

Autoridades nacionales

Presidente de la Nación
Dr. Alberto Fernández

Vicepresidenta de la Nación
Dra. Cristina Fernández de Kirchner

Jefe de Gabinete de Ministros
Dr. Juan Manzur

Ministerio de Cultura de la Nación
Prof. Tristán Bauer

Ministerio de Desarrollo Territorial y Hábitat de la Nación
Ing. Jorge Horacio Ferraresi

Ministerio de Educación de la Nación
Lic. Jaime Perczyk



LIBROS Y CASAS

90 minutos

Cuentos de fútbol

Coordinación editorial
Bárbara Talazac y Daniela Allerbon

Edición
Vicente Russo

Asistencia editorial
Débora Ruiz y Cecilia Ferreiroa

Corrección
Gabriela Laster

Digitalización
Biblioteca Nacional

Diseño de la colección
Bernardo + Celis / Trineo

Diagramación
Javier Bernardo

Imagen de tapa
Oscar Suárez

Gestión de derechos de autor
Natalia Silberleib, María Nochteff Avendaño y Gabriela Torres

Agradecimientos
Sonia Budassi, Ariel Magnus, Alejandro Dolina

El programa Libros y Casas está integrado por Bárbara Talazac,
Débora Ruiz, Victoria Sandri, Virginia Lauricella, Cecilia Ferreiroa,
Juan Fossati y Pilar Amoia

90 minutos : cuentos de fútbol / Alejandro Dolina ... [et al.] ; compilación de Vicente Russo ; coordinación general de Bárbara Talazac ; Daniela Allerbon.- 2a ed revisada.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ministerio de Cultura de la Nación, 2021.
112 p. ; 20 x 15 cm.

ISBN 978-987-8915-08-1

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos de Fútbol. I. Dolina, Alejandro. II. Russo, Vicente, comp. III. Talazac, Bárbara, coord. IV. Allerbon, Daniela, coord.
CDD A863

Programa Libros y Casas

El programa **Libros y Casas** te acerca esta biblioteca en la que vas a encontrar literatura para grandes y chicos, poesías, libros ilustrados, una guía sobre los derechos de las mujeres y diversidades, y clásicos de la literatura argentina y universal, entre otros. La selección fue especialmente pensada para que cada integrante de la familia pueda encontrar las historias que más le gusten. Hay cuentos de amor, de fútbol, de terror, de enigma, poemas de diferentes épocas y un libro de mitos y leyendas de pueblos originarios. Esta colección está dirigida tanto a las familias beneficiarias de los Planes Federales de Vivienda, como a lxs participantes y agentes de las actividades formativas que se brindan en espacios comunitarios: bibliotecas, escuelas y centros de integración.

Desde 2007, Libros y Casas ha brindado más de mil talleres de lectura, facilitado más de cien mil bibliotecas y entregado un millón ochocientos mil libros a lo largo de todo el país. La lectura nos hace más

libres, nos ayuda a expandir el pensamiento crítico y propio, y a construir nuestra ciudadanía. Además estimula la imaginación, potencia la creatividad, amplía nuestro mundo y nos prepara para usar nuevas tecnologías. Esperamos que esta biblioteca habilite momentos (por más breves que sean) de placer, nuevas ideas y entusiasmo.

Por todo esto, te invitamos a conocer y transitar estos libros, a que los compartas con tus familiares, amigxs y vecinxs, a que los llesves con vos y te acompañen a donde vayas.

10 motivos para tener libros en casa

- Porque intercambiar opiniones sobre lecturas y hablar de libros es un espacio ganado al vacío.
- Porque la lectura es una llave para formar un punto de vista propio, un lugar de singularidad y resistencia.
- Porque en una biblioteca podemos encontrar respuestas a algo que nos pasa, conocer otras voces, otras realidades y ampliar nuestra sensibilidad.

Programa Libros y Casas

- Porque leer no es un lujo. Participar de la cultura es un derecho y también lo es poder generar espacios para la lectura.

- Porque leer nos interpela a pensar, sentir, experimentar e imaginar.

- Porque cada texto hace eco en lugares que desconocemos de nuestra historia, que se puede enriquecer en el encuentro con creaciones literarias de otrxs.

- Porque leer fortalece nuestras capacidades y habilidades para interactuar con el mundo.

- Para habilitar lecturas en soledad y también colectivas, junto a amigxs, familiares, pareja o vecinxs.

- Para apropiarnos de los libros, recorrerlos con libertad, a nuestro tiempo, modo y antojo.

- En definitiva, porque leer implica reconocer que algo nos falta y eso se parece mucho al deseo. La lectura pone en movimiento nuestros deseos y, por extensión, a la vida.

Índice

10. **Introducción**
12. **Relatores / Alejandro Dolina**
“Según dicen, no era del todo imparcial en sus narraciones. Cuando se hacía de la pelota, comenzaba a elogiar su propia jugada”.
20. **Milagro en Parque Chas / Inés Fernández Moreno**
“Todos hemos tenido, de chicos, la fantasía de ser relatores de fútbol, todos hemos intentado alguna vez alcanzar la portentosa velocidad necesaria para seguir la carrera de una pelota y la de los jugadores tras ella”.
30. **Mensajes de texto / David Voloj**
“Mi viejo, un tipo que jugó más de veinte años en La Gloria y que se había quedado en Córdoba, en su club, más allá de la guita y la ilusión de triunfar en un equipo grande, pensaba que el fútbol era cuestión de huevos”.
42. **La mejor de las historias / Pablo Ramos**
“¿Te acordás de Ángel Clemente Rojas: Rojitas, el Pelado? Los pibes de tu generación no lo vieron jugar. Pero yo lo vi nacer, y crecer con la pelota. Lo más grande que tuvo Boca, lo más grande que tuvo este país, más grande que Bochini, más grande que Maradona”.

-
52. **Patricio se bifurca** / Fernanda García Lao
“Las tribunas parecían un corral lleno de zorros salvajes, baba detenida en la comisura de esos labios”.
64. **Esperándolo a Tito** / Eduardo Sacheri
“Nosotros éramos todos matungos, pero nos bastaba tirársela a Tito para que inventara algo [...]”.
84. **Rúper** / Julián Troksberg
“Ahora volví a San Estéfano buscando alguna foto que me confirme lo que ya sé. Que me muestre a Rúper vestido de negro en medio de un terreno de juego”.
94. **La otra mitad** / Camila Gómez Ares
“Escuché los aplausos y las voces de aliento del público, los padres y los hermanos de mis compañeros. Me puse en el centro de la cancha, preparada para dejarlo todo, con unas ganas inmensas”.
100. **Nace antes** / Ariel Magnus
“El gol lo hace Rivas, sí, pero la jugada nace antes, con el pase de Cralotti”.

Introducción

En Argentina medimos la vida por la cantidad de mundiales que vimos. Los integrantes de las familias se dividen entre los que vieron jugar a Diego y los que no. El primer mundial se recuerda como el primer beso. Eso es el fútbol acá, una fuente de historias de heroísmos y de fracasos que no podemos evitar comparar con la nuestra. El fútbol empieza siempre con una historia: con alguien que quiere jugar y se imagina metiendo un gol imposible y a la tribuna ovacionando su nombre; o con alguien que sufre tanto durante un partido que lucha entre verlo o huir al rincón más remoto para dejar de sufrir.

El fútbol es muchas historias porque quien relata un partido, sea profesional o amateur, hace de él una narración tan espectacular que, a veces, no importa si se parece al partido que está contando.

“Milagro en Parque Chas”, de Inés Fernández Moreno, y “Relatores”, de Alejandro Dolina, nos muestran hasta dónde puede llegar la magia de contar el fútbol: el relator que privilegia los sentimientos del hincha y la perfección de los pases sobre el partido mismo. Las discusiones sobre el fútbol y todas las teorías que empiezan cuando el partido se termina, también forman parte del folclore del fútbol. La filosofía de una jugada que deriva en la pregunta existencial del cuento “Nace antes” de Ariel Magnus: ¿cuándo nace una jugada?, ¿en el pase anterior o en todo lo que sucedió incluso antes de que ese jugador pisara el club?

El fútbol puede ser muchas historias y sabemos que siempre va a ser una parte de la nuestra, de la que les contemos a quienes sigan, una leyenda argentina.

“Los Refutadores de Leyendas definen el fútbol como un juego en que veintidós sujetos corren tras de una pelota. La frase, ya clásica, no dice mucho sobre el fútbol, pero deschava sin piedad a quien la formula. [...]. ¡Líbrenos Dios de percibir el mundo con este simple cinismo! El fútbol es —yo también lo creo— el juego perfecto”.

Alejandro Dolina

Alejandro Dolina

Buenos Aires, 1949

Músico, actor, escritor, creador y conductor desde 1993 del exitoso programa de radio *La venganza será terrible*. Algunas de las películas en las que trabajó son *Las puertitas del Sr. López* (1988) y *El día que Maradona conoció a Gardel* (1995). Protagonizó programas de televisión como *La barra de Dolina* (1989–1990) y *Bar del infierno* (2003); grabó la opereta *Lo que me costó el amor de Laura* (1998) y escribió, entre otros relatos, *Crónicas del Ángel Gris* (1987) y *Bar del infierno* (2005).

Relatores

LOS GRIEGOS CREÍAN QUE LAS COSAS OCURRÍAN para que los hombres tuvieran algo que cantar. Las guerras, los desencuentros, los amores trágicos, los horrendos crímenes, las gestas heroicas: todo tenía para los dioses impíos el único fin de proporcionarles tema a los cantores. La historia pone al alcance del menos docto centenares de ejemplos de relatos que fueron más ilustres que los sucesos narrados.

Resulta difícil concebir una idea más triste del destino humano. Sin embargo, a los juglares, cantores, cronistas y narradores de cuentos les complace pensar que el mundo se mueve para favorecerlos en su oficio.

Héctor Bandarelli, el relator deportivo de Flores, creyó pertenecer a la estirpe de Homero. Durante toda su vida se esforzó para que la narración deportiva alcanzara las alturas artísticas de la épica.

Gestas

Conjunto de hazañas de un personaje o un pueblo.

Juglares

Personas que, por dinero y ante el pueblo, cantaban, bailaban, recitaban o hacían juegos y malabares.

En sus comienzos, Bandarelli hizo algo que nadie había hecho antes. Siendo entrea la izquierda del equipo de Empalme San Vicente, acostumbraba relatar los partidos que él mismo jugaba. Era héroe y juglar, Aquiles y Homero, Eneas y Virgilio.

Según dicen, no era del todo imparcial en sus narraciones. Cuando se hacía de la pelota, comenzaba a elogiar su propia jugada.

—Extraordinario, Bandarelli avanza en forma espectacular.

Muchas veces, por elegir las palabras e impostar la voz, se perdía goles cantados. Cantados incluso por él mismo.

A medida que pasaba el tiempo, el relator iba superando al jugador. Algunos viejos que lo vieron jugar cuentan que pasaba la mayor parte del tiempo parado en el medio de la cancha, relatando, casi sin tocar la pelota.

Finalmente fue excluido del equipo. Sin rencor ni tristeza, siguió acompañando las modestas giras del Empalme San Vicente solo para relatar desde un costado de la cancha el partido que jugaban sus antiguos compañeros. Lo hacía sin micrófono y sin radio, de modo que nadie lo escuchaba, salvo algún wing peregrino que alcanzaba a oír de paso su voz emocionada.

Después, según se sabe, el Empalme San Vicente dejó de jugar y sus futbolistas pasaron a integrar otros equipos.

Y en ese momento, cuando todo hacía sospechar la decadencia de Bandarelli, el hombre dio un paso genial: descubrió que su narración no necesitaba un partido real. Era posible relatar partidos imaginarios, hijos de su fantasía.

Parece una evolución previsible: los antiguos poetas cantaban hazañas más o menos reales. Después las inventaron.

Lo mismo sucedió con Bandarelli. Y al no tener que ceñirse al rigor de los hechos ciertos, los partidos que relataba empezaron a mejorar: se lograban goles estu- pendos, los delanteros eludían docenas de rivales, había disparos desde cincuenta metros, los arqueros volaban como pájaros, se producían incidentes cruentos, los ár- bitros cometían errores perversos. De a poco, el artista fue incorporando elementos más complejos a su obra. El tiempo, por ejemplo, manejado en un principio de un modo convencional, pasó a tener durante el apogeo de Bandarelli un carácter artístico y psicológico. Los parti- dos podían durar un minuto o tres horas.

Algunas veces, el relator omitía cantar un gol, pero daba claves y mensajes sutiles para que el oyente descubriera la terrible existencia del gol no cantado. Aparecían, cada tanto, unas historias laterales que provocaban un

Omitir

Dejar de hacer una cosa.

falso aburrimiento, que no era sino una trampa para mejor asestar la alevosa puñalada del gol sorpresivo.

Todos recuerdan el famoso partido Boca-Alumni que Bandarelli relató en un asado del club Claridad de Ciudadela. En esta obra mezcló jugadores actuales con glorias de nuestro pasado futbolístico. Los viejos hacían fuerza por Alumni, los más jóvenes por Boca. Ganó Alumni, pero en su magistral narración, Bandarelli dejó caer -con toda sutileza- la sensación de que los boquenses, por respeto a la tradición, se habían dejado ganar.

Las audiencias de Bandarelli no siempre fueron numerosas. Algunos partidos los relató solo, en una mesa del bar La Perla de Flores, ante el estupor de los mozos y parroquianos. Pero poco a poco, los muchachones del barrio fueron descubriendo sus méritos y con el tiempo hubo quienes prefirieron escucharlo a él antes que ir a la cancha.

En 1965, Héctor Bandarelli organizó su campeonato paralelo de fútbol. Todos los domingos narraba el encuentro principal, mientras un colaborador lo interrumpía para comunicar lo que sucedía en el resto de los partidos.

Algunas firmas comerciales de Flores lo ayudaron a solventar los nulos gastos del certamen a cambio de avisos publicitarios.

Las narraciones tenían lugar en la puerta de la casa de Bandarelli y, cuando llovía, en la cocina. Hay que decir

que el relator poeta nunca trabajó para ninguna emisora y jamás utilizó micrófono, salvo en la grabación que realizara del segundo tiempo de Barracas Central-Barcelona, ya en el final de su carrera.

El campeonato paralelo terminó en un desastre. El artista no tuvo mejor ocurrencia que sacar campeón a Unión de Santa Fe y mandar al descenso a River, lo que irritó a muchas personas, que hasta llegaron a agredir a Bandarelli.

Pero todos los que saben algo del relator coinciden en afirmar que su mejor partido fue Alemania-Villa Dálmine, relatado en el Colegio Alemán de la calle José Hernández, a pedido de la Asociación Cooperadora.

Ese encuentro fue un verdadero canto a la hermandad entre los hombres. Los zagueros entregaban banderines a los delanteros rivales en cada jugada. El árbitro abrazaba llorando a los futbolistas que quedaban en offside. Los de Villa Dálmine hicieron una suelta de palomas celestes y blancas a los quince minutos del segundo tiempo para celebrar el segundo gol de la selección alemana. En el final, todos se abrazaron e intercambiaron obsequios.

Fue inolvidable. En el Colegio Alemán, los padres lloraban de emoción añorando la tierra de sus antepasados. Algunos miembros de la Asociación Cooperadora le pidieron a Bandarelli que volviera a relatar el encuentro en diferido, pero el artista se negó.

*Efímero
Pasajero, que
dura poco.*

En el esplendor de su actividad, tal vez advirtiendo el carácter efímero de su obra, resolvió escribir libretos detallados que luego archivaba prolijamente.

Desgraciadamente, sus familiares quemaron este valiosísimo corpus argumentando que juntaba mugre. Nos queda apenas un breve fragmento, correspondiente al encuentro Boca Juniors 3-Vélez Sarsfield 3.

“Solidario, agradecido, ayuno de envidias, Javier Ambrois entrega la pelota a Nardiello. El viento agita las banderas en los mástiles de la Vuelta de Rocha. Nardiello tira un centro rasante... Arremete J. J. Rodríguez, pero ya es tarde... tarde para remediar los errores del pasado... tarde para volver a unos brazos que ya no nos esperan... Ya es tarde para todo”.

Según sus seguidores, el libreto le quitaba frescura a Bandarelli y –como hemos visto– recargaba un tanto su estilo.

Un día desapareció. Algunos dicen que se mudó, o que se murió, es lo mismo. La gente volvió a preferir los partidos sonantes y contantes de la radio.

Los relatores de hoy tienen la posibilidad de seguir al maestro e intentar la ficción y la fantasía en sus narraciones. ¿Por qué depender de la actuación, muchas veces mediocre, de los futbolistas? ¿Por qué no crear

con la voz jugadas más perfectas? ¿Por qué no dar nacimiento a deportistas nobles, diestros y mágicos que nos emocionen más que los reales?

Se puede ir más allá. Todo el periodismo podría tener un carácter fantástico y abandonar los vulgares hechos de la realidad para aludir a sucesos imaginarios: conflictos, tratados, discursos, crímenes e inauguraciones de ilusión.

En este último instante comprendo que nadie me asegura que estos artistas no existen ya. Tal vez, todo cuanto uno lee en los diarios no es otra cosa que un invento del periodismo de ficción.

Sin embargo, esta clase de incredulidad conduce a sospechar la falsedad del universo mismo. Suspendamos semejante astucia porque algunos hasta podrían pensar que el propio Bandarelli es imaginario y sus partidos, sombras de una sombra.



Este cuento se publicó en *El fantasma*.

Si te gustó...

La voz del estadio, cuento de Gabriela Saidón; *El mundo ha vivido equivocado*, cuento de Roberto Fontanarrosa; *Ganar es de perdedores (y otros cuentos de fútbol)*, cuentos de Ariel Magnus; *Metegol*, película dirigida por Juan José Campanella.

“Yo de fútbol no sé nada. Es más, no me gusta el fútbol, me deprime escuchar de fondo dominguero los relatos [...] sin embargo, me gustó como desafío. Un escritor puede documentarse y escribir de lo que sea”.

Inés Fernández Moreno

Inés Fernández Moreno

Buenos Aires, 1947

Su vasta producción literaria incluye obras traducidas y publicadas en diversas antologías, entre ellas *El cielo no existe* (2013), *Mármara* (2009), *La profesora de español* (2005), *Hombres como médanos* (2003), *La última vez que maté a mi madre* (1999) y *Un amor de agua* (1997).

Milagro en Parque Chas

AQUELLA NOCHE, LAS CALLES DE PARQUE CHAS me recordaban más que nunca el cementerio de La Chacarita.

Esas módicas casitas de la calle Berlín o Varsovia, de ventanas estrechas y muros grises, se correspondían indudablemente con aquellas bóvedas de mármol y piedra del cementerio vecino. Unas casas un poco más reducidas al fin y al cabo, un poco más silenciosas, pero esencialmente iguales.

Bóveda o casita, allí estaba la misma orgullosa clausura de la propiedad privada, el mismo persistente deseo de jardinete delante, de cantero florido, la misma respetuosa interdicción en el umbral. Hasta los enanitos de jardín y los perros de terraza mantenían su parentesco con ciertas figuras de vírgenes o de ángeles guardianes en lo alto de los mausoleos.

Módicas
Modestas.

Admito que yo estaba deprimido.

Hacía pocos días que me había quedado sin trabajo y los brasileros estaban ganándonos uno a cero en

la ronda final de la Copa América. Así me lo decía la voz del relator que me taldraba el cerebro a través de los auriculares del walkman. Por eso, tal vez, aquella nube de pensamientos fúnebres se las arreglaba para trabajarme el ánimo, en segundo plano, pero en una unívoca dirección de melancolía y derrota.

Walkman
Reproductor de audio estéreo lanzado al mercado por la compañía japonesa Sony en 1979.

Llegué hasta la avenida Triunvirato en busca de un quiosco abierto para comprar cigarrillos y me detuve frente a la vidriera de una casa de artículos para el hogar.

Un grupo de seis o siete hombres seguía las alternativas del partido a través de varias pantallas encendidas. Siempre me ha producido cierta desazón ver a estos solitarios, es fácil imaginarlos con hambre, con frío, sometidos a un deseo que se conforma con las migajas del confort. Pese a todo, en medio del abandono y la luz mortecina de la avenida, el grupo resultaba una isla esperanzada de humanidad.

Me paré detrás de todos y me dejé magnetizar como ellos por las imágenes mudas de la pantalla. Yo

tenía la dudosa ventaja del sonido, con la voz del relator puntuando el movimiento de los jugadores. Es decir: los errores de nuestra selección y el avance avasallante de los brasileros.

Súbitamente, las luces parpadearon, las pantallas dejaron ver un último destello luminoso y después se oscurecieron por completo dejándonos desconsolados y boqueando como cachorros a los que hubieran arrancado de su teta. No sé por qué razón, tal vez porque yo era el que había llegado último, todas las caras se volvieron hacia mí. Levanté los hombros, un poco desconcertado.

—Se debe haber cortado una fase, aventuré.

Me siguieron mirando. Qué querían de mí, yo, de electricidad, sabía poco y nada.

—Vamos, hombre —aclaró por fin un viejo de boina gris—, diga usted, que está conectado, cómo va el partido.

Todos hemos tenido, de chicos, la fantasía de ser relatores de fútbol, todos hemos intentado alguna vez alcanzar la portentosa velocidad necesaria para seguir la carrera de una pelota y la de los jugadores tras ella. No lo niego. Pero verme lanzado así a relatar, de buenas a primeras, era otra cosa.

Algunos avanzaron un paso hacia mí, no supe entonces si en actitud amenazante o más bien como

buscando una mejor ubicación. Los miré. Vi en primer plano a un muchachito ojeroso envuelto en una bufanda verde, a un morocho corpulento de campera de cuero, a un hombre rubio de cara gastada con el diario doblado bajo el brazo...

Eran hombres abatidos, lo suficientemente castigados por los políticos, por la falta de trabajo, de esperanzas, por la torpeza de nuestra selección y ahora, además, por ese corte inesperado que los dejaba otra vez fuera del partido.

Era un deber solidario agarrar esa pelota.

Empecé tímidamente a reproducir las palabras del relator.

—... qué bien la hizo el brasilero... —dije— qué precisión... el indirecto es para Carvalho... se viene menga-nito... menga-nito... zuta-nito... el puntero cabecea con el paretal izquierdo... centro chanfleado... busca la cabeza del número 9... pelota en el área... peligro de gol...

Apenas iniciado el relato pude notar cómo las palabras, entumecidas al principio, se daban calor unas a otras, cómo se volvían resueltas y hasta temerarias —ya me lo había comentado un amigo que estudiaba teatro, la voz emitida públicamente se anima de otra fuerza, se enamora de su propio arrullo y termina haciendo su propio juego.

Fui casi el primer sorprendido cuando, en lugar de cantar el poderoso gol de Gonçalvez con el que Brasil se ponía dos a cero, desvié unos centímetros la pelota en el aire y la hice pegar contra el travesaño.

—... pega la pelota contra el travesaño... —dije—, increíble señores —agregué—, increíble... Argentina se salva por milagro de un nuevo gol del jugador carioca.

Mi tribuna suspiró aliviada y yo seguí adelante: “... viene el Zurdo... toca para Angelini... Angelini para Pedrete... Pedrete para Pascualito... Pascualito... Pascualitoooo...”.

La ofensiva argentina hubiera continuado limpiamente su avance si no fuera por Quindim, el marcador brasilero, un mulato enorme que se desliza como una anguila, “se cruza por su derecha, traba con Pascualito, quita y de un tiro largo pone el esférico en el área de los argentinos...”.

No resultó igual de fácil desviar la dirección en que rodaban mis palabras. De manera que dije: “Se cruza Quindim por la derecha, intenta trabar... Pascualito lo gambetea... el mulato cae y rueda sobre la gramilla... y ya nadie lo para a Pascualito que ahora llega hasta el área chica, pateo y ¡gooooooooo! ¡gooooooooo! ¡¡¡¡gooo!!!! ¡¡¡¡de Argentinaaaa!!!!... —canto— que se pone uno a uno

con los brasileros..., ¡¡¡graaaande Pascualito!!! —apunto—, ganado sinceramente por la emoción del empate.

Mi tribuna salta de alegría. El grito crece hasta estremecer la impávida quietud de Triunvirato.

El jubilado se saca la boina gris y la agita en un arco enorme, como si quisiera saludar con ella al universo entero.

El pibe ojeroso de la bufanda se abalanza sobre la espalda del morocho que lo agarra de las piernas y le hace dar varias vueltas a caballito. Más atrás, un grupo de tres o cuatro se abraza y salta rítmicamente. Yo mismo corro hacia la esquina con los brazos en alto. Un motociclista, contagiado por el entusiasmo, se detiene en el semáforo y hace sonar su bocina.

El festejo se silencia apenas retomo el relato, pero persiste en los ojos brillantes y la actitud expectante del grupo.

Con un vértigo de angustia, entiendo que todo ha quedado ahora en mis manos, en mi voz. Que puedo hacerlos caer nuevamente en el desconsuelo o hacerlos vivir momentos de gloria.

Promediando el segundo tiempo, empujados por el frío y el entusiasmo, nos desplazamos por Triunvirato hacia La Haya. Yo voy delante, seguido siempre por la barra, consignando cada vez con mayor profesionalismo el increíble vuelco de la selección argentina.

Me basta con corregir apenas al relator. Cuando habla del avance seguro “de los brasileros”, digo “de los argentinos”, cuando dice “Bertotto se durmió en el pase”, digo “Das Portas” se durmió, cuando dice “uhhh, cómo se comió esa pelota el arquero argentino”, digo “uhhh, cómo se la comió el arquero carioca”.

Una pareja que se besa lentamente en La Haya se suma a la hinchada. En Berna, un viejo en silla de ruedas se asoma a la puerta y nos aplaude. Un hombre que está paseando dos perros salchicha por las veredas de Berlín empieza a seguirnos. Una mujer desmelenada, en pantuflas, corre por Varsovia y nos alcanza. Dos pibes que están fumando un porro en Ámsterdam también. Como en el flautista de Hamelín, el despliegue armónico y consistente de la selección argentina resulta una música irresistible.

Llegamos a la Plaza Éxodo Jujeño. Aunque el verano ya ha quedado atrás, hay en el aire un recuerdo de jazmines. Dejo entonces de escuchar al relator, a aquel que solo me hablaba a mí, con la voz soberbia y estridente de quien se cree dueño de la verdad. No lo necesito. Me irrita con su voz chabacana y sus goles mentirosos. Ellos, los de mi grey, solo escuchan mi voz, ven a través de mis palabras, se elevan y gozan y temen pero solo para volver a gozar porque, como nunca, la acción se

Grey

Conjunto de individuos con algún carácter común.

ajusta a una estrategia inteligente y rigurosa: los delanteros atacan, los defensores defienden, los arqueros atajan.

Los errores brasileiros, en cambio, se multiplican.

Equivocan los pases, se comen los amagues, arman mal en la línea de fondo, erran dos penales imperdibles...

El equipo argentino se perfecciona, se vuelve imaginativo, deja jugadas –un caño, un taquito, un gol de media cancha– que podrán recordarse durante años. Los goles, en esa fiesta de grandeza, son casi lo de menos y llegan con asombrosa puntualidad. Ganamos cinco a uno.

Ni la niebla que desciende sobre el Parque ni la pobre claridad de los faroles logran opacar la alegría. Por el contrario, les confieren a los abrazos, a las camperas y las bufandas desplegadas, a las manos que se agitan, a los que caen de rodillas, se santiguan y se besan y cantan y bailan, una dimensión de misteriosa epopeya.

Parque Chas es territorio liberado, y lo ha sido por la vibración de mis palabras, por las imágenes que ellas han convocado frente a todos aquellos ojos.

El frío aprieta y la hinchada por fin se dispersa lentamente. Yo camino a la deriva. Voy como entre nubes, agotado, pero sereno y orgulloso.

Una lucecita, como una boya, me guía hasta el quiosco de Gándara y Tréveris que ahora está abierto.

—Antes no estaba abierto, le comento al quiosquero.

—Las cosas cambian —me comenta con filosofía—.

¿No vio acaso cómo terminó el partido?

Lo dice con una sonrisa que bastaría para iluminar el barrio entero.

—Todos lo vieron —digo yo—, tratando de recordar su rostro entre los hombres de mi hinchada.

Después le cabeceo un saludo y sigo mi camino.

Lanzo hacia el cielo una bocanada de humo que se prolonga en una nube tenue de vapor.

En el techo de una casita gira locamente una figura oscura. Es una veleta. Un perro de azotea. Un ángel que festeja el milagro de Parque Chas.



Este cuento se publicó en *Cuentos de fútbol*.

Si te gustó...

La música de los domingos, cuento de Liliana Heker;
Instrucciones para elegir en un picado, cuento de Alejandro Dolina; *Los suplentes*, cuentos de David Voloj; *El hincha*, película dirigida por Manuel Romero.

*“Mi papá llamó a casa llorando.
[...]. Esa noche, River había
descendido a la B Nacional.
[...]. Tiempo después, enfermó.
[...]. Y, lamentablemente, no
alcanzó a ver a River de vuelta
en primera. Para mí, el fútbol
es eso, acaso inexplicable, que
rodea la memoria de mi padre
y se proyecta en mí”.*

David Voloj

David Voloj

Córdoba, 1980

Licenciado en Letras, docente y periodista. Ha publicado relatos en distintos medios de la Argentina, México y España. En 2009 recibió el primer premio en el concurso El Fungible (España) por el cuento *Fronteras latinoamericanas* y ese mismo año obtuvo, también, el primer premio del Fondo Nacional de las Artes en el género cuento por el libro *Asuntos internos* (2011).

Mensajes de texto

I

MI VIEJO, UN TIPO QUE JUGÓ MÁS DE VEINTE años en La Gloria y que se había quedado en Córdoba, en su club, más allá de la guita y la ilusión de triunfar en un equipo grande, pensaba que el fútbol era cuestión de huevos. Eso decía. Y solía ser muy gráfico al respecto; más de una vez se bajó los cortos en el vestuario, pegó un par de gritos y se agarró la entrepierna. Nunca llegó a quitarse los calzoncillos porque el viejo era un señor, no un degenerado. Solo que le gustaba despejar dudas por si alguno lo tomaba en sentido metafórico. Huevo, mucho huevo, decía antes de salir a la cancha. Y yo, que había quedado fuera del circuito profesional por un par de lesiones, tenía sus palabras grabadas a fuego.

Últimamente participaba en campeonatos chicos, de barrio, pero ponía lo mejor de mí. Porque ahí, en

las sillas de plástico que estaban detrás del alambrado, el espectro del viejo me observaba. A él le dedicaba los trofeos, a él le rendía cuentas si jugaba sucio o erraba goles de angurriento.

II

El doctor Soler no conoció a mi padre. Tampoco lo vio jugar. Al doctor Soler parecía disgustarle el fútbol. Tenía pinta de dedicarse al ajedrez, al ping-pong. Pero de ponerse la camiseta no sabía nada.

Cuando comencé con las molestias en la ingle fui a verlo. Él arrojó un par de diagnósticos. Más tarde, confirmó la enfermedad, comenzó con el tratamiento. En la última consulta, guardó los estudios en un sobre y trató de quitarle dramatismo al asunto.

—Coco, Coquito. Vamos a intervenir —dijo, paternal—. Pero no es la muerte de nadie. Muchos hombres pasan por lo mismo y andan diez puntos. Un riñón sí sería grave. ¿No te parece?

—No sé, Soler... No sé.

—Con un testículo basta y sobra para llevar una vida normal —continuó—. Hasta te diría que vas a estar más tranquilo, relajado. Se te va a despejar la mente.

Sentí que me estaba cargando. ¿A qué se refería con “normal”? Soler estaba entre los urólogos más reconocidos del país, tenía varios títulos colgados en el consultorio. No obstante, un tipo especializado en extirpar genitales me inspiraba desconfianza. Era el padre del Ojota Soler, uno de los compañeros con los que jugábamos el provincial de fútbol cinco. Así y todo, debí controlarme para no insultarle a la madre, la abuela y la hermana. Parecía no darse cuenta de que estaba hablando de mis testículos, específicamente de mi pobre testículo derecho.

Recordé al gato de la tía Chola, un gatito simpático, inquieto, de esos que se escapan dos o tres veces al año para ser felices por ahí. A ella le molestaban esos aires de independencia y un día fue a ver al veterinario.

A mí, los veterinarios y los urólogos me caen pésimo; son capaces de joderle la vida a cualquiera. Desde que lo castraron, el gato de la tía se volvió obeso y sus ganas de vivir se fueron diluyendo en un ronroneo agónico.

—Un gato triste... Me voy a convertir en un gato gordo, triste e impotente.

—Coquito querido —Soler me palmeó la cara—. Vas a seguir jugando al fútbol y saliendo con chicas como cualquier persona normal. Dejate de pavadas, che. Ahora te vas a tu casa, te cuidás y no me hacés

ningún esfuerzo. El viernes venís a primera hora así operamos.

—¿Pasado mañana? ¿Tan pronto?

—Cuanto antes, mejor.

Soler fue contundente. La guillotina ya tenía fecha.

III

A veces el mundo se complota. Cuando llegué al club, el entrenador del equipo de básquet pasó con dos pelotas debajo de los brazos. Al saludarme, una se le cayó al suelo.

—Está pinchada— dijo, aunque nadie le había preguntado.

Los chicos esperaban en el bar. El Tano había ensartado cinco rodajas de salame con el mismo escarbadientes. Él comía así, a lo bestia. Alrededor estaban el Negro, Peluca, el Gordo y Carlitos; parado, el Ojota Soler, que tomaba el fernet de la jarra. Se los veía bien, con los calzoncillos llenos, disfrutando de la vida.

—Mañana está la revancha con los de Villa General Belgrano —se rio el Ojota—. Che, ¿y a vos cómo te fue con mi viejo?

—Mal —dije—. Me fue muy mal.

Me pasé media hora hablando del quiste. Los chicos miraban radiografías, señalaban las zonas oscuras y movían la cabeza como si entendieran. Al escuchar los pormenores de la operación, el Gordo bajó las manos, Carlitos se miró la bragueta y el Tano dejó de comer.

—El partido de mañana te lo dedicamos —dijo el Ojota.

—¡Qué partido ni partido! Por favor, nadie piensa en el partido —se enojó el Tano—. Ya mismo llamo a la Comisión para suspender.

—Jueguen —dije—. No se van a perder la final por mi culpa.

Carlitos, que hasta ese momento había estado callado, tomó la palabra.

—¡Déjense de bolud...! —dijo y se desdijo al instante—. Perdón, Coco, no me di cuenta.

—Entiendo, está bien —le respondí.

—No jugamos y punto —continuó—. Mañana se vienen a casa y le hacemos la despedida a Coco. ¿Está claro?

Como ninguno entendió bien a qué se refería con “despedida”, le pedimos que tratara de ser más específico.

IV

Esa noche di mil vueltas en la cama. No dormí nada. Al amanecer, metí el pijama para el pre y el posoperatorio en el bolso. El tiempo pasó muy rápido. Cuando me quise dar cuenta, era otra vez de noche y el Gordo estacionaba en la puerta. Me preguntó si ya estaba listo y yo pensé que nunca se puede estar listo para una pérdida semejante.

Llegamos a lo de Carlitos cerca de las nueve. En la terraza había alcohol como para un regimiento: fernet, dos tachos llenos de hielo, Coca-Cola, vodka, un melón, varias cajas de tetra blanco. Ya habían encendido el carbón. Solo faltaba el Ojota, que llamaba cada cinco minutos para decir que ya llegaba con las chicas. Porque todo esto de la despedida consistía en eso, en una última joda, una fiesta que pintaba ser inolvidable.

Sin embargo, yo solo pensaba en la operación. Para colmo, tenía prohibido el alcohol y nadie, en semejantes circunstancias, podía pasarla fenomenal con juguito de naranja.

Entonces recibí el primer mensaje de texto. “VNGAN A JUGR, MARYKS”. Pensé que se habían equivo-

cado, pero también sonaron los teléfonos del Negro y de Carlitos: “VNGAN A JUGR, MARYKS”.

Cinco minutos más tarde nos llegó otro: “KGO-NES”. Los chicos, bastante entonados con la melancía, se codeaban. El Negro me explicó que nadie le había avisado al equipo de Villa General Belgrano que el partido se había suspendido.

Melancía
Bebida hecha a base de melón y vino.

Hubo un tercer mensaje, un cuarto. El tono se hacía más agresivo, los insultos se multiplicaban, afectaban a nuestras madres.

Hasta ese momento, nos había parecido divertido. Además, el Ojota había llegado con tres morochas increíbles, operadas por todas partes.

Cuando recibí el quinto mensaje quedé paralizado. “T FALTAN W-VOS”, decía. “¿VAS A JUGR? ¿O T KRTARON LAS BOLS?”, leí después.

Mi rostro se transfiguró. El mensaje solo me había llegado a mí. Carlitos se acercó a preguntar qué me pasaba. El celular volvió a sonar. “NO TNES W-VOS”.

—Dejalos, bolud... —dijo al mirar la pantalla—. Per-dón, no quise...

—¡Te entendí! —le grité, mientras seguía recibiendo golpes bajos en el celular.

V

Una hora más tarde, el Peluca se cubría los ojos. La luz del reflector le hacía doler la cabeza. Miré alrededor. Carlitos se tambaleaba mientras intentaba pisar la pelota. En la tribuna, nuestras tres hinchas fumaban.

—¿Empezamos? —dijo el capitán del otro equipo.

—Esperá, macho —le respondí—. ¿No ves que falta uno?

El Negro, pálido como nunca y con un aliento a alcohol terrible, despertó al Ojota con un par de chorros de soda en la cara.

Y empezó el partido. Aunque partido es una forma de decir. Aquello era una paliza. Los de Villa General Belgrano jugaban solos: hacían pases de taco, esquivaban las patadas asesinas de Carlitos y mareaban al Peluca como querían.

Al terminar el primer tiempo, perdíamos por cuatro y, la verdad, era un buen resultado. Como en el partido de ida les habíamos metido seis, aún contábamos con dos goles de diferencia. Pero en el segundo tiempo nos hicieron otro. Y la cosa se puso jodida.

Para matar el aburrimiento, las chicas se quitaron los abrigos e improvisaron un show erótico en la

tribuna. Cuando amagaron a quitarse algo más, la cancha se encendió. Dejamos de jugar. Hasta el réferi miraba a las morochas con el silbato que le colgaba de los labios.

De pronto, Carlitos se metió en el área, agarró la pelota con las manos y se puso a piroppear a lo loco. El pitazo fue ensordecedor.

—¡Penal! —gritó el réferi.

Yo me acerqué, le guiñé el ojo. Pero mis esfuerzos por desviar la atención fueron en vano. El capitán del otro equipo sonreía.

—¿Quién va a atajar? —preguntó.

Me di vuelta. Los chicos estaban en cualquiera, de modo que me calcé los guantes y tomé posición en la línea de cal.

VI

Entré a la clínica con tres latas de cerveza helada en la entrepierna.

—Perdoname, no sabía —se disculpaba el criminal que me había fusilado—. La hubieras dejado pasar...

Y a lo mejor tenía razón. Pero el penal superó la barrera del sonido y la pelota fue derecho al bajo vientre

del arquero. Debo haber gritado con vehemencia porque a todos se les pasó la borrachera.

—Coquito, qué hiciste... —dijo el padre del Ojota, que cayó de inmediato.

—¡Soler, por favor! ¡No me castrés!

—Quedate quieto así puedo... —dijo Soler.

—No, Soler, no. Salvame uno, uno —le rogué llorando.

—Pará, Coco. El golpe es en el cuádriceps. ¿Ves? El testículo está perfecto.

En el pasillo aguardaban los chicos de los dos equipos, además del árbitro y una de las morochas. Me alentaban con los pulgares para arriba.

—¿En serio, doctor? —pregunté—. No me mienta.

No sé por qué ahora trataba a Soler de usted.

—Agradecele a Dios —dijo al final—. Te salvaste de milagro.

Después, un enfermero me inyectó algo para desinflamar y me llevó a la habitación.

En las horas que faltaban para entrar al quirófano tuve tiempo para reflexionar. De alguna manera, Soler tenía razón. Había sido un milagro. Pero no se trataba de Dios ni de la Virgen. Quien había desviado la pelota había sido mi viejo, que seguía cuidándome desde las tribunas del más allá. Me gustó pensarlo así.

Y también me gustó pensar que había tenido una gran despedida. Los chicos se habían portado. La verdad, no me podía quejar.



Este cuento no se publicó previamente.

Si te gustó...

La princesa enamorada, cuento de Alejandra Zina; *Juan Polti, half-back*, cuento de Horacio Quiroga; *Pies negros*, cuentos de Marcos González Cezer; *Pelota de trapo*, película dirigida por Leopoldo Torres Ríos.

“Soy hincha de Arsenal desde chico y simpatizante de Independiente. Jugué en Arsenal, jugaba bien, me crie en Arsenal, iba a la pileta en Arsenal, Arsenal era mi club de barrio. ¡El fútbol es el barrio!”.

Pablo Ramos

Pablo Ramos

Buenos Aires, 1966

Poeta, músico, escritor y guionista. En 2003 obtuvo el primer premio del Fondo Nacional de las Artes y en el 2004 el primer premio en el concurso Casa de las Américas de Cuba por su libro de cuentos *Cuando lo peor haya pasado* (2005). Publicó, además, el libro de poemas *Lo pasado pisado* (1997), las novelas *El origen de la tristeza* (2004), *En cinco minutos levántate*, *María* (2013) y el libro de cuentos *El camino de la luna* (2012).

La mejor de las historias

UNA SEMANA ANTES DE UNA NAVIDAD, MÁS O MENOS un año y medio antes de que mi padre muriera, estábamos pasando unos días buenos en la costa de Mar de Ajó, días como tal vez nunca habíamos pasado ni volvimos a pasar. Fue un domingo, mi madre se había quedado haciendo la comida y mi padre y yo, no muy amantes de la playa, nos fuimos a un bar a tomar el vermú. El sol rajaba la tierra y, por supuesto, todos los demás se habían ido al mar. Solos, acodados en el mostrador, que era como más nos gustaba estar, íbamos por el tercero o cuarto Gancia con fernet cuando mi padre se acordó de mi promesa de amasar. Yo me había olvidado.

—Como tu madre nos conoce, seguro que ya se encargó de todo —me dijo.

—¿Sabés que desde hace unas semanas estoy escribiendo historias? —le dije, en un ataque de hablar de algo más que de banalidades—. Encontré la máquina de mi abuelo y la estoy usando.

—Historias.

—Sí, recuerdos de cuando era chico, historias un poco verdad y un poco inventadas. No sé, me hace bien. Tal vez largue todo para dedicarme a escribir —dije esto último y me arrepentí: había estado de más.

Es que en cualquier momento, sin que yo pudiera controlarlo, me asaltaba el deseo de herirlo, aunque más no fuera sutilmente, de tirar un dardo minúsculo que le pellizcara la carne, de dejar en claro que la paz que vivíamos no era una paz verdadera, sino una circunstancia, un estado de ánimo que dependía pura y exclusivamente de mi ánimo, al cual él debía permanecer sometido. Seguimos tomando. Un quinto, un sexto vermú. Yo estaba borracho, felizmente borracho. Permanentemente al borde de la risa

Distendido
Relajado.

como si en vez de tomar vermú me hubiera fumado un porro. Él, distendido y un poco, apenas, suelto de lengua. Miré la hora: mi madre ya debía tener la comida lista, pero nos conocía bien a mi padre y a mí: aparte de tener el corazón en la boca porque estábamos juntos, iba a tener la precaución de no echar los fideos al agua hasta que nos hubiéramos sentado a la mesa.

—¿Querés una buena historia para escribir? —me dijo, de golpe, mi padre.

Yo me limité a mirarlo. Él no había acusado el golpe que suponía el hecho de que yo pensaba dejar la empresa, pero había tomado, sin más, el hecho de que yo me había puesto a escribir, una actividad que por estar tan cerca del ocio él debía repudiar con toda su alma. Me quedé en silencio y él volvió a preguntar.

—¿Querés o no querés? —dijo.

—A ver, dale, pero que sea una historia que a vos te interese no garantiza que a mí me interese también.

—Sentí —dijo. Siempre decía sentí por escuchá.

—¿Te acordás de Rojitas, el Pelado? Los pibes de tu generación no lo vieron jugar. Pero yo lo vi nacer y crecer con la pelota. Lo más grande que tuvo Boca, lo más grande que tuvo este país, más grande que Bochini, más grande que Maradona. Lo que pasa es que eran otras épocas.

—Seguro que estás exagerando.

—No sé. El asunto es así: una noche de verano, un calor insoportable, estábamos Coco, el Pelado Rojitas, Rabanito y yo en el club Brisas, sentados como ahora estamos nosotros dos. Lo jodíamos al Pelado porque había firmado con Boca, él que era hincha de Independiente, como el Diego, ¿entendés lo que te digo?

Le dije que entendía, y le pedí que nos apartáramos un poco. Mi padre nunca me había contado una historia. Pedí

otra botella de Gancia y otro sifón, reforcé las medidas de fernet y nos fuimos a sentar a la última mesa. Yo con mi vaso en una mano y el sifón y el Gancia en la otra. Mi padre dio dos pasos y apoyó su mano libre sobre mi hombro. Fue la única vez que él tuvo un gesto así conmigo. Nunca me voy a olvidar de lo que sentí. ¿Con tan poco se podía allanar tanto el camino hacia la paz? La tormenta seguía, pero despuntaba algo parecido a un sol tibio en el horizonte. Si con solo un toque de su mano la ferocidad le daba algo de espacio al amor, ¿qué no podía ser posible entonces con un poco de tiempo? Ese abrazo suave, corto, casual, sobre mi hombro. Ese abrazo único, pero tan verdadero como aquella tarde de verano, o como el aire de esta noche de otoño en la cual escribo, es lo importante, lo que recuerdo perfectamente. Porque la historia puede ser circunstancial, tal vez insuficiente, pero tiene el valor de otorgarle al hombre, mi padre, la categoría de hombre real. Nos sentamos y siguió. De golpe entró mi hijo Cristian; mi madre, que sabía perfectamente en donde estábamos, nos había mandado llamar. Cristian tenía pelada la nariz. Mi padre le dijo que le dijera a su abuela que le pusiera crema.

—Y decile también que en media hora estamos allá, hijo —dijo mi padre.

Era como si el chico fuera yo. Tantas veces mi madre me había mandado a buscarlo y mi padre que ya venía,

que ya venía y terminábamos comiendo sin él. El club fue siempre la segunda casa, o la primera casa de mi padre. Las cartas y el vermouth, los rivales más duros de mi madre.

—Te sigo contando. El Pelado debutaba mañana, o sea al otro día, entendés.

—Mañana está bien.

—Claro, como si fuera mañana, contra Vélez, en el Boca de Rattin, y ponele que ahora fueran la una o las dos de la madrugada. Se tenía que ir a dormir. Él tomaba granadina y nosotros todo lo que te puedas imaginar, en esa época sí que se tomaba. Dale que dale a la pavada hasta que la noche se cae porque se cae, porque a veces la alegría es más grande que lo que uno tiene para decir. Vienen unos minutos de silencio. Ruidos de vasos, la risa tardía de Coco, y así como así el Pelado nos invita a conocer su casa nueva de Flores. Se la había alquilado Boca y él la había puesto con todo porque había cobrado una prima que equivalía al sueldo de un año en la fábrica de fósforos, la misma en la que trabajó tu madre hasta conocerme a mí. Que vamos a verla, que vamos a verla; que sí, que no, y fuimos nomás. Él estaba con el auto del padrino aunque apenas manejaba, o había aprendido hacía muy poco. Lo importante es que el Pelado era un peligro con el auto, y por más que le insistí

Prima

Cantidad que se paga como indemnización o gratificación en algunos casos.

quiso manejar igual, aunque cualquiera de nosotros era preferible, aun con el pedo que teníamos. El viaje fue pura risa por cualquier cosa, bocinazos y gritos a todo lo que se pareciera a una mina. Yo iba atrás, en silencio, dejándoles el monopolio del ruido a los otros tres, me había ensimismado, entendés, porque no es que ese carácter sea exclusividad de tu madre, yo también muchas veces soy así, y vos también sacás eso de mí.

—¿De verdad?

—Claro. Recuerdo eso: que yo estaba así, en ese estado, por las copas y porque estaba así. Sentía pena por todo lo que veía. Pero no una pena fea, no una pena porque menospreciara a las demás personas y a las cosas. Todo lo contrario, pena porque me sentía cerca de ellas. Porque la noche había sido hecha para nosotros. Todo era la noche. Los otros autos, los gatos, los árboles, los pocos perros que perseguían a algún linyera ladrándole el paso. Y de golpe un auto que nos venía de frente y las siluetas de mis amigos que se iluminaban como apariciones, lo recuerdo tan nítidamente. Y sé que no es una boludez, sé que es algo, aunque no pueda decirte qué.

—Seguí —le digo—, no te vayas a poner melancólico y rompás el invicto a esta altura de tu vida.

—Sentí. Llegando a la casa, nosotros íbamos por una de esas calles de Flores que de noche son todas iguales, doblamos en contramano. Estábamos a una cuadra y

ninguno de los boludos se dio cuenta. Entonces yo despierto de esa en la cual me había quedado colgado y le digo que tenga cuidado que se había metido contramano. No termino de decirlo que nos para un policía. Yo escucho el silbato primero y veo la moto después. Pensé que estábamos sonados. Pero enseguida me tranquilizo porque manejaba el Pelado y él no había tomado ni una copa. El cana nos ilumina con la linterna. Nos pide que bajemos despacio. Era una época tranquila, no se tenían los miedos que se tuvieron después. Un cana era algo más parecido al cartero que a un milico. Pero nosotros éramos pibes. Bajamos y supongo que mi cara no debería ser muy diferente de la de mis amigos. El cana nos dice que nos pongamos todos bajo la luz del farol, y es ahí que lo veo: negro, no como yo, como Louis Armstrong, enténdés. Negro mota. Rabanito suelta una risita pero la reprime enseguida. Los demás nos quedamos callados. El cana le pide al Pelado la licencia de conducir, así le dice, no registro, licencia de conducir, como si el tipo fuera de otro país, de otro planeta. ¿Y sabés qué? El Pelado no tiene. Me la olvidé, dice, y es mentira, y todos nos damos cuenta de que es mentira. Te la olvidaste de sacar, le dice el cana. Después nos hace hacer el cuatro, nos palpa de armas y dice que nos va a tener que confiscar el auto. Mi padrino me mata,

Louis Armstrong

Famoso trompetista y cantante estadounidense de jazz que nació en 1901 en Nueva Orleans y murió en Nueva York en 1971.

señor, dice el Pelado. Coco lo arenga a más: Decile quién sos, decile, boludo. Al Pelado ya lo conocía todo el país porque le había hecho tres goles a Uruguay en una selección de la C que se había formado para jugar un amistoso. Todo el mundo hablaba de él porque Armando se lo había comprado a Arsenal de Llavallol después de ese partido. Soy Ángel Clemente Rojas, dice el Pelado, Rojitas, no el Tanque, eh: Rojitas. El cana lo mira, parece dudar. Pregunta qué hacemos tan tarde si mañana “el señor” debuta en Primera. El Pelado le cuenta lo de la fiesta, jura que no tomó, nosotros juramos que él no tomó, pide por favor. Entonces escuchá lo que dice el cana: Esta no es tu noche, pibe, dice. Te encontraste con un cana negro, hincha de Vélez e hijo de uruguayos. Qué le vas a hacer. Capaz que te meto en gayola para satisfacción de mis viejos y para que no nos hagas ningún gol a nosotros. El Pelado tenía una cara que no me voy a olvidar jamás. Le prometo que si me deja ir no hago ningún gol, señor, dice. El cana se ríe, nos pregunta si alguno de nosotros tiene registro. Yo le muestro el mío, me lo revisa y me permite manejar el auto. Antes de dejarnos ir, le recuerda la promesa. Rojitas, acuerdesé, le dice, ningún gol, y nos vamos.

—¿Nada más? —digo.

—Sí, más vale. Por un momento te pensaste que era una anécdota de mierda, ¿no? —Sentí. Al otro día Boca

le ganó a Vélez tres a cero. Tres goles de Corbatta, tres jugadas de Rojitas que lo dejaron solo a Corbatta. “Tres jugadas electrizantes”, así dijo el diario del domingo. Se habló de la “generosidad” del Pelado, ¿entendés? Generosidad. Tres gambetas dentro del área, pero ningún gol. ¿Por miedo al negro? No sé. El otro fin de semana pasó algo que no te incumbe, y yo nunca más le volví a hablar al Pelado. “Tres jugadas electrizantes” y ningún gol. ¿Entendés? Eso sí que es una historia.

Le sonreí. Pagamos y nos fuimos. Yo pensaba: Qué hombre, de qué está hecho que es tan fascinante y tan difícil a la vez de entender para mí. Pensaba esto con tranquilidad, sin poder salir del asombro todavía. Él solo caminaba.

Jamás volvió a contarme algo.

Jamás volvió a tomarme del hombro.



Este cuento es parte de la novela *La ley de la ferocidad*.

Si te gustó...

Pelota de papel 3, cuentos escritos por mujeres futbolistas; *Una historia del fútbol*, relatos de Pedro Saborido; *Batata negra, y otros relatos*, cuentos de Ariel Prat; *El camino de San Diego*, película dirigida por Carlos Sorín.

“No tengo relación con el fútbol. Ni él conmigo. No sabemos nada el uno del otro. Cada cual hace su juego. Yo escribo, él convoca multitudes”.

Fernanda García Lao

Fernanda García Lao

Mendoza, 1966

Escritora, dramaturga y poeta argentina. Se exilió con su familia en Madrid, donde vivió desde 1976 hasta 1993. Ha publicado las novelas *Muerta de hambre* (Primer Premio del Fondo Nacional de las Artes), *La perfecta otra cosa* (Tercer Premio Cortázar), *La piel dura*, *Vagabundas* y *Fuera de la jaula*; y los libros de cuentos *Cómo usar un cuchillo* y *El tormento más puro*. Algunos de sus textos han sido traducidos al francés, al portugués, al sueco y al griego.

Patricio se bifurca

Desviaciones en el pasto

FUE EN EL ÚLTIMO MINUTO. LA masa victoriosa se disparó en dirección al campo. Las tribunas parecían un corral lleno de zorros salvajes, baba detenida en la comisura de esos labios. Habían ganado, estaban exultantes. Del otro lado, las gallinas perdían su plumaje.

Sin embargo, la angustia por respirar dejó a uno fuera de juego. Estaba del lado de la victoria, pero no hay éxito sin sacrificio. A este le tocó ser el cordero y resistió mal el embate. El peso de la hinchada se descargó sobre su cuerpo. La presión contra el alambrado hizo que perdiera la conciencia.

Tras algunos cánticos soeces, la concurrencia excitada –parecían fósforos– se trasladó veloz a la salida. Una multitud ensordecida por el éxito, entre puteadas

Bifurcación

Lugar donde se produce una división, como un camino o un río.

Soeces

Ordinarios, groseros.

y eructos, desalojó el estadio y fue escoltada por la policía. El bullicio de los alcoholizados se dispersó por las avenidas y calles adyacentes.

Nadie reparó en él. Quedó tirado y cubierto. Restos de inmundicia lo envolvían, banderas, vasos de plástico, choripanes abandonados con la grasa hacia afuera. La basura confunde las formas. Una pierna se convierte en otra cosa. Pasa inadvertida entre banderines mugrientos.

Cuando abrió los ojos, el mundo era un objeto sin sentido. Tenía marcada una zapatilla 42 en la cara. La demencia ya estaba fuera del campo y la batalla de gritos no era ni un eco en la memoria. Buscó en algún rincón de su mente el momento previo al despertar. Ni un silbato. Se sintió de prestado en ese cuerpo.

La antigua identidad se había retirado, así como la conciencia del espacio. Qué era aquel territorio espezuznante. Una imagen antigua intentó llenar el vacío. El sol era blanco y se multiplicaba en cada esquina. Caía sobre el verde, que daba la impresión de una alfombra

sucia después de alguna bacanal. Creyó ver la luna, un objeto anormal allá arriba, reproducido. La luz artificial crea una falsa sensación de realidad.

Se miró con detenimiento intentando descifrarse. Tenía una camiseta de

Bacanal

Fiesta religiosa que se brinda en honor al dios del vino Dionisio (griego) o Baco (romano) en la que se bebía en exceso.

colores fuertes y una corneta rota en la mano. Se quiso resolver como un enigma, pero a su alrededor las pistas eran confusas.

Hizo un mapa araña en su mente:

a) El cuerpo soy yo. Me coloco en el centro del asunto, soy un bicho misterioso.

b) Mis patas son los temas que se difunden hacia afuera: Grada, Campo, Atuendo.

c) De esas patas nacen subpatas: de Grada se extrae bandera, lata retorcida, condón usado. De Campo nace papelito, sudor, vacío. Y de Atuendo, corneta, pantalón caído.

Ocupado en la reflexión idiota, tardó en ponerse de rodillas. Un dolor agudo presionaba su costado derecho. Tenía el torso lastimado.

El cerebro es ocultador, hace lo que quiere. Se dijo que su nombre era Ricardo, y de la idea Ricardo surgió un puesto: profesor emérito de universidad lejana. ¿Este era el campus verde, tan similar y a la vez tan diferente? No, no estamos en Princeton. Dónde está la Fires-tone Library. ¿Siete millones de títulos se habían convertido en pilas de roña? Quizás su memoria había sido ocupada por uno que intentaba distraerlo. O tal vez, el tiempo había sufrido una aceleración y estaba al borde de la muerte. Se sintió agotado.

Princeton
Ciudad del estado
de Nueva Jersey,
Estados Unidos.

Al revisar sus bolsillos encontró un par de billetes. No muchos. Pero la plata no cuenta quién es uno, más bien sirve para ocultarlo. Logró reflexionar, a pesar de la desgracia. No había perdido su exquisita capacidad para las estrategias inútiles.

Un ejército de barredores hizo su aparición y tomó las gradas. Algunos lo miraron con sorna. No se animó a hablar. Qué podía preguntarles. ¿Quién soy, alguno me conoce? La mente falsifica las formas. Porque el sentido del ridículo sobrevive a cualquier olvido, no iba a ponerse en evidencia. Decidió cerrar la boca. Pero un soldado de la limpieza le dirigió la palabra. Hablaba difícil.

—Papi, ¿te hicieron de goma! Mirá que cierran en cinco.

Sonrió como un extranjero mientras intentaba sostener el equilibrio. Había perdido una zapatilla. ¿Sería la que tenía marcada en la cara? Tampoco encontraba su antigua capacidad de diálogo. Hilar una frase era más difícil que entender la hora del día. Era el único

sobreviviente y no quería llamar la atención. Esos tipos se habían lanzado igual que buitres entre los restos, buscando alguna cosita de valor. Que no se llevaran su dignidad, al menos.

Dante Alighieri
(Italia, 1265-1321)
Poeta y escritor,
autor de *La Divina*
Comedia.

Pensó en Dante. El infierno estaba sucio. Y olía a pis.

Recuperar la zapatilla que le faltaba era imposible. En su lugar encontró un mocasín suelto. Decidió que era mejor ponérselo que continuar semidescalzo. Empezó una retirada poética, de ritmo asonante. Un paso, zapatilla, otro paso, mocasín. Una silbatina burlona se produjo a sus espaldas. No se dio vuelta.

Al cabo de unos minutos de traspies y movimiento, llegó a un corredor y vio un baño. Las luces parpadeaban igual que su imagen en el reflejo. Al mirarse, intuyó que no tendría más de cuarenta. A pesar del aspecto aturdido, tenía pinta de ser un buen tipo. Le interesó su aspecto, aunque no hubiera visos de felicidad ni siquiera cuando intentaba una sonrisa.

En los dientes, descubrió las sobras de un sándwich de jamón y queso. Intuyó alcohol deambulando por sus venas, aunque el aturdimiento podía deberse al estado lamentable en que se encontraba. Metió la cabeza debajo del agua fría. Se erizó como un animal. Vació su esfínter y no se lavó las manos. Era racional, pero escaso de higiene.

Regresó al corredor, todas las puertas estaban cerradas. Era tarde. Recorriendo en círculo el pasillo, encontró una salida habilitada. Se escucharon quejas, argumentos

Viso
*Apariencia
o cierto brillo.*

extraños. Un grupo de panzones discutía la derrota.

—El fracaso no me altera, lo que te aniquila es el desgaste.

Excelso
*Muy elevado en
importancia o
dignidad.*

—El dos a uno, viejo. —Las voces del otro lado de la puerta le resultaban encantadoras.

Aquellas frases se colaron hasta él, se tatuaron en su frente. La personalidad Ricardo compilaba ese tipo de cosas. Lo alto y lo bajo. Lo excelso se reclinaba en lo ordinario.

Testimonio brindado por Ana P. Gabilondo al perito Walter Borrone, antes del levantamiento de Indicios Orgánicos

Este no fue su primer intento de mudar de cerebro. Patricio ya tanteó ser otro en varias ocasiones. Según me consta, cinco años atrás, vivía con una mujer petisa en una casa del arrabal de acá a la vuelta y era hincha del equipo contrario. Ella y yo nos hicimos amigas hace poco. Nos unió la desgracia, parece.

Cuando estaba con ella, Patricio pretendió llamarse Jorge Luis y perturbarse con tigres. Le dijeron que fue el estrés, pero no terminaba de creerle

al paramédico que estaba de guardia. Estrés de qué, repetía Nidia. Después del clásico atendemos a muchos, aseguraba el tipo. Es un nihilista, dijo ella. No sé bien a qué se refería. Creo que Nidia tampoco. A veces las palabras saben más que nosotros.

Patricio era un infeliz y estaba des-
 empleado. Siempre. Lo único que le-
 vantaba un poco su ánimo era la lectura y el deporte. El que realizaban los demás. A la tardecita, se instalaba con una camiseta acorde con su fervor y miraba fijo la pantalla minúscula de un televisor blanco y negro. El grande lo usaba Nidia. El problema es que se ponía frenético. Entre partidos, leía cosas raras. Después, hablaba como traducido.

“El propósito del juego consiste en avanzar hacia una arcada cuidando de una esfera que no debe ser interceptada por los pies ajenos ni por el único sujeto que permanece estacionario, bajo la arcada. La poesía se produce a pesar de lo previsible de ese destino: la esfera debe sortear al estacionario. Cómo sucede. ¿Momento de belleza irreversible o simple casualidad? La geometría puede ser cruda”.

Así definió Patricio un partido bajo los efectos del arrebató literario ese. La invención malsana se había

Nihilista

Seguidor del nihilismo, doctrina filosófica que sostiene la imposibilidad de cualquier conocimiento.

Malsana
*Perjudicial, nociva
 para la salud.*

Avezado
*Acostumbrado
 a algo, hábil.*

adueñado de su voluntad y había olvidado las reglas elementales de la vida del deportista pasivo, del avezado discutidor de los domingos que era. Estas explicaciones anormales las daba desde un rincón de su cuarto al que había bautizado Elalef, o algo así. A su mujer la llamó Beatriz y ella no dio más, ya lo había dado todo. ¿Te tragaste un diccionario?, dice Nidia que le dijo.

Aquella mañana no era candente, aunque fuera febrero. Ella solicitó al falso Jorge Luis que le trajera algo de la vereda, un espejo. La idea fue mía. En cuanto su delgadez atravesó la puerta, porque Patricio siempre fue un esmirriado, ella aprovechó para cerrar con llave y condenarlo a la intemperie. Él consiguió ablandarla un poco. Nidia le pasó por la ventana una muda de ropa y algunos pesos.

Esmirriado
*Muy flaco, de
 aspecto débil.*

Caminó hasta una pensión cercana donde se instaló un par de meses. Andaba obsesionado con su recién adquirida sabiduría y una miopía preocupante. La primera noche se quedó ciego. No le sirvió de nada. Fue desalojado en cuanto se agotó la plata de su bolsillo izquierdo.

El muy caradura recuperó de milagro la visión y se juntó conmigo. Yo le creí todo, lo aguanté en su delirio a cambio de aquellas noches. Aunque chiquito, Patricio era una fiera puesto en horizontal. Me ponía nerviosa cuando hablaba de los Apócrifos, un equipo de la B, supongo. Comencé a consumir pastillas.

De a poco, fue perdiendo su antigua personalidad. Incluso habló de un casorio colosal. Nadie podía suponer que tras una final muy peleada, amagara con llamarse Macedonio. Decía que so-
ñaba con ser inédito, o inaudito. No Inaudito
recuerdo bien las palabras, pero fue la Asombroso.
gota que rebalsó el vaso. Repetía, delirante, frases sin sentido. No todo es vigilia y no sé qué. Me decía la Eterna. Alguna amante anterior a nosotras, seguro.

Pasé por momentos de rencor, incluso me puse violenta. Pero a él nada lo sacaba de sus fabulaciones. Ayer convencí a un amigo. Lo vino a buscar para un amistoso. Le preparé un tostado y, sutilmente, le saqué la llave del bolsillo. Anduve pidiéndole a la Virgen que se olvidara de mí, de su vida conmigo. Que se distrajera con otra. Pero nunca imaginé esto.

Era un tipo extremadamente voluble. Y no leyó un libro entero ni escribió una sola línea. Es el fervor del balompié lo que le disparaba los abismos. Nidia dice que en el fondo lo hacía para compensar tanta barbarie. Yo creo que no. Sencillamente, Patricio se bifurca.

Voluble
Que cambia con facilidad.

Clonazepam
Medicamento con propiedades sedantes.

Gracias por escucharme. Y por el Clonazepam.

La herencia es cultural

La puerta cedió y el grupo de panzones lo miró con furia. Los alterados eran cinco. Sus camisetas no coincidían con la que él tenía puesta. Una especie de contagio siniestro se apoderó de aquellos seres. Uno lo palmeó en el hombro y le preguntó si estaba provocando. No hubo tiempo para respuestas. Intentó una huida torpe, pero las piernas no le respondieron. Frenaron el escape y se doblaron igual que una silla que se pliega. Enseguida lo paralizaron entre todos. Al arrastre lo sacaron. Ya no había transeúntes.

Eventos de vida simulada desfilaron por los ojos de Patricio. Vio decenas de palabras en una torre, una

ciénaga de ficciones que no lograba descifrar. La lluvia furiosa de Buenos Aires licuaba el tiempo.

Ciénaga

Terreno pantanoso.

Mientras lo forzaban contra un auto abandonado, cuando el quinto contrincante se agitaba violento contra sus nalgas, recuperó súbitamente la memoria, esa esquivada, la caja de resonancias que se había llenado de otros para sortear los momentos inquietantes de una vida sin sorpresas. Soy Patricio –se dijo– sin emitir más que una respiración espasmódica.

Recuperarse a sí mismo en medio del dolor fue su pequeña victoria. Aún llevaba la corneta. Parece que el barro fue peor que la golpiza. Se la dejaron clavada y no hubo fuerza que lograra desprenderla.

Su último suspiro produjo una melodía estremecedora. De una oscuridad exquisita.



Este cuento se publicó en *Las dueñas de la pelota. Cuentos de fútbol escritos por mujeres.*

Si te gustó...

Matosas, cuento de Esther Cross; *El penal más largo del mundo*, cuento de Osvaldo Soriano; *Falucho*, cuento de Pacho O'Donnell; *Puerta 7*, serie dirigida por Adrian Caetano.

“El fútbol es una mera
puerta de entrada hacia
otras cosas. Las otras cosas,
las esenciales, que habitan
en el alma de las personas y
que son interpeladas por la
literatura y por el arte”.

Eduardo Sacheri

Eduardo Sacheri

Buenos Aires, 1967

Licenciado en Historia, guionista, docente y escritor. Su novela *La pregunta de sus ojos* (2005) fue llevada al cine por el director Juan José Campanella (con el título *El secreto de sus ojos*). Coescribió el guión de la película animada *Metegol*, inspirada en el cuento de Fontanarrosa *Memorias de un wing derecho*. Es autor, entre otras, de las novelas *Papeles en el viento* (2011), *Lo mucho que te amé* (2019) y algunos de sus libros de cuentos son *Esperándolo a Tito y otros cuentos* (2000) y *Dueños del mundo* (2012). En 2016 ganó el Premio Alfaguara de Novela por *La noche de la usina*.

Esperándolo a Tito

Y O LO MIRÉ A JOSÉ, QUE ESTABA SUBIDO AL TECHO del camión de Gonzalito. Pobre, tenía la desilusión pintada en el rostro, mientras en puntas de pie trataba de ver más allá del portón y de la ruta. Pero nada: solamente el camino de tierra, y al fondo, el ruido de los camiones. En ese momento se acercó el Bebé Grafo y, gastador como siempre, le gritó: “¡Che, Josecito!, ¿qué pasa que no viene el ‘maestro’? ¿Será que arrugó para evitarse el papelón, viejito?”. Josecito dejó de mirar la ruta y trató de contestar algo ocurrente, pero la rabia y la impotencia lo lanzaron a un tartamudeo penoso. El otro se dio vuelta, con una sonrisa sobradora colgada en la mejilla, y se alejó moviendo la cabeza, como negando. Al fin, a Josecito se le destrabó la bronca en un concluyente: “¡andálaputaqueteparió!”, pero quedó momentáneamente exhausto por el esfuerzo.

Ahí se dio vuelta a mirarme, como implorando una frase que le ordenara de nuevo el universo. “Y ahora

qué hacemos’, decime”, me lanzó. Para Josecito, yo vengo a ser algo así como un oráculo pitonístico, una suerte de profeta infalible con facultades místicas. Tal vez, pobre, porque soy la única persona que conoce que fue a la facultad. Más por compasión que por convencimiento, le contesté con tono tranquilizador: “Quedate piola, Josecito, ya debe estar llegando”. No muy satisfecho, volvió a mirar la ruta murmurando algo sobre promesas incumplidas.

Aproveché entonces para alejarme y reunirme con el resto de los muchachos. Estaban detrás de un arco, alguno vendándose, otro calzándose los botines, y un par haciendo jueguitos con una pelota medio ovalada. Menos brutos que Josecito, trataban de que no se les notaran los nervios. Pablo, mientras elongaba, me preguntó como al pasar: “Che, Carlitos, ¿era seguro que venía, no? Mirá que después del barullo que armamos, si nos falla justo ahora...”.

Para no desmoralizar a la tropa, me hice el convencido cuando le contesté: “Pero muchachos, ¿no les dije que lo confirmé por teléfono con la madre de él, en Buenos Aires?”. El Bebé Grafo se acercó de nuevo desde el arco que ocupaban ellos: “Che, Carlos, ¿me querés decir para qué armaron semejante bardo si al final tu amiguito ni siquiera va a aportar?”. En ese momento

saltó Cañito, que había terminado de atarse los cordones, y sin demasiado preámbulo lo mandó a la mierda. Pero el Bebé, cada vez más contento de nuestro nerviosismo, no le llevó el apunte y me siguió buscando a mí: “En serio, Carlitos, me hiciste traer a los muchachos al divino botón, querido. Era más simple que me dijeras: mirá Bebé, no quiero que este año vuelvan a humillarnos como los últimos nueve años, así que mejor suspendemos el desafío”. Y adoptando un tono intimista, me puso una mano en el hombro y, hablándome al oído, agregó: “Dale, Carlitos, ¿en serio pensaste que nos íbamos a tragar que el punto ese iba a venir desde Europa para jugar el desafío?”. Más caliente por sus verdades que por sus exageraciones, le contesté de mal modo: “Y decime, Bebé, si no se lo tragaron, ¿para qué hicieron semejante quilombo para prohibirnos que lo pusiéramos?: que profesionales no sirven, que solamente con los que viven en el barrio. Según vos, ni yo que me mudé al Centro podría haber jugado”.

Habían sido arduas negociaciones, por cierto. El clásico se jugaba todos los años, para mediados de octubre, un año en cada barrio. Lo hacíamos desde pibes, desde los diez años. Una vuelta en mi casa, mi primo Ricardo, que vivía en el barrio de la Textil, se llenó la boca diciendo que ellos tenían un equipo invencible,

con camisetas y todo. Por principio más que por convencimiento, salté ofendidísimo retrucándole que nosotros, los de acá, los de la placita, sí teníamos un equipo de novela. Sellar el desafío fue cuestión de segundos. El viejo de Pablo nos consiguió las camisetas a último momento. Eran marrones con vivos amarillos y verdes. Un asco, bah. Pero peor hubiese sido no tenerlas. Ese día ganamos 12 a 7 (a los diez años, uno no se preocupa tanto de apretar la salida y el mediocampo, y salen partidos más abiertos, con muchos goles). Tito metió ocho. No sabían cómo pararlo. Creo que fue el primer partido que Tito jugó por algo. A los catorce, se fue a probar al club y lo ficharon ahí nomás, al toque. Igual, siguió viniendo al desafío hasta los veinte, cuando se fue a jugar a Europa. Entonces se nos vino la noche. Nosotros éramos todos matungos, pero nos bastaba tirársela a Tito para que inventara algo y nos sacara del paso. A los dieciséis, cuando empezaron a ponerse piernas fuertes, convocamos a un referí de la Federación: el chino Takawara (era hijo de japoneses, pero para nosotros, y pese a sus protestas, era chino). Ricardo, que era el capitán de ellos, nos acusaba de coimeros: decía que ganábamos porque el chino andaba noviendo con la hermana grande del Tanito, y que ella lo mandaba a bombear para nuestro lado. Algo de

razón tal vez tendría, pero lo cierto es que, con Tito, éramos siempre banca.

Cuando Tito se fue, la cosa se puso brava. Para colmo, al chino le salió un trabajo en Esquel y se fue a vivir allá (ya felizmente casado con la hermana del Tanito). Con árbitros menos sensibles a nuestras necesidades y sin Tito para que la mandara a guardar, empezamos a perder como yeguas. Yo me fui a vivir a la Capital y algún otro se tomó también el buque, pero, para octubre, la cita siempre fue de fierro. Ahí me di cuenta del verdadero valor de mis amigos. Desde la partida de Tito, perdimos al hilo seis años, empatamos una vez, y perdimos otros tres consecutivos. Tuvimos que ser muy hombres para salir de la cancha año tras año con la canasta llena y estar siempre dispuestos a volver. Para colmo, para la época en que empezamos a perder, a algunos de nosotros, y también de ellos, se nos ocurrió llevar a las novias a hacer hinchada en los desafíos. Perder es terrible, pero perder con las minas mirando era intolerable. Por lo menos, hace cuatro años, y gracias a un incidente menor entre las nuestras y las de ellos, prohibimos de común acuerdo la presencia de mujeres en el público. Bah, directamente prohibimos el público. A mí se me ocurrió argüir que la presión de

Argüir

Dar argumentos a favor o en contra de algo.

afuera hacía más duros los encontronazos y exacerbaba las pasiones más bajas de los protagonistas. Y ellos, con el agrande de sus victorias inapelables, nos dijeron que bueno, que de acuerdo, pero que el árbitro lo ponían ellos. Al final, acordamos hacer los partidos a puertas cerradas, y afrontamos la cuestión arbitral con un complejo sistema de elección de referís por ternas rotativas según el año, que aunque nos privó de ayudas interesantes, nos evitó bombeos innecesarios.

Igual, seguimos perdiendo. El año pasado, tras una nueva humillación, los muchachos me pidieron que hiciera “algo”. No fueron muy explícitos, pero yo lo adiviné en sus caras. Por eso este año, cuando Tito me llamó para mi cumpleaños, me animé a pedirle la gaudachada. Primero se mató de la risa de que le saliera con semejante cosa, pero, cuando le di las cifras finales de la estadística actualizada, se puso serio: 22 jugados, 10 ganados, 3 empatados, 9 perdidos. La conclusión era

Oprobio
Deshonra pública.

evidente: uno más y el colapso, la vergüenza, el oprobio sin límite de que los muertos esos nos empataran la estadística. Me dijo que lo llamara en tres días.

Cuando volvimos a hablar me dijo que bueno, que no había problema, que le iba a decir a su vieja que fingiera un ataque al corazón para que lo dejaran venir desde

Europa rapidito. Después ultimé los detalles con doña Hilda. Quedamos en hacerlo de canuto, por supuesto, porque si se enteraban allá de que venía a la Argentina, en plena temporada, para un desafío de barrio, se armaba la podrida.

A mi primo Ricardo igual se lo dije. No quería que se armara el tole tole el mismo día del partido. Hice bien, porque estuvimos dos semanas que sí que no hasta que al final aceptaron. No querían saber nada, pero bastó que el Tanito, en la última reunión, me murmurara a gritos un: “Dejá, Carlos, son una manga de cagones”. Ahí nomás el Bebé Grafo, calentón como siempre, agarró viaje y dijo que sí, que estaba bien, que como el año pasado, el sábado 23 a las diez en el sindicato, que él reservaba la cancha, que nos iban a romper el traste como siempre, etcétera. Ricardo trató de hacerlo callar para encontrar un resquicio que le permitiera seguir negociando. Pero fue inútil. La palabra estaba dada, y el Tanito y el Bebé se amenazaban mutuamente con las torturas futbolísticas más aterradoras mientras yo sonreía con cara de monaguillo.

Cuando el resto de los nuestros se enteró de la noticia, el plantel enfrentó la prueba con el optimismo rotundo que yo creía extinguido para siempre. El sábado

Monaguillo

Chico que ayuda al cura durante la misa.

a las nueve llegaron todos juntos en el camión de Gonzalito. El único que se retrasó un poco fue Alberto, el arquero, que como la mujer estaba empezando el trabajo de parto esa mañana, se demoró entre que la llevó a la clínica y pudo convencerla de que se quedara con la vieja de ella. Ellos llegaron al rato y se fueron a cambiar detrás del arco que nosotros dejamos libre. Pero cuando faltaban diez minutos para la hora acordada, y Tito no daba señales de vida, se vino el Bebé por primera vez a buscar camorra. Por suerte, me avivé de hacerme el ofendido: le dije que el partido era a las diez y media y no a las diez, que qué se creía y que no jodiera. Lo miré al Tanito, que me cazó al vuelo y confirmó mi versión de los hechos. El Bebé negó una vez y otra, y lo llamó a Ricardo en su defensa. Por supuesto, Ricardo se nos vino al humo gritando que la hora era a las diez y que nos dejáramos de joder. Ante la complejidad que iba adquiriendo la cosa, con el Tanito juramos por nuestras madres y nuestros hijos, por Dios y por la Patria, que la hora era diez y media, que en el café habíamos dicho diez y media, y que por teléfono habíamos confirmado diez y media, y que todavía faltaba más de media hora para las diez y media, y que se dejaran de romper con pavadas. Ante semejantes exhibiciones de convicción patriótico-religiosa, al final se fueron de

nuevo a patear al otro arco esperando que se hiciera la hora. Después con el Tanito nos dimos ánimo mutuamente tratando de persuadirnos de que un par de juramentos tirados al voleo no podían ser demasiado perjudiciales para nuestras familias y nuestra salvación eterna.

Fue cuando lo mandé a Josecito a pararse arriba del camión, a ver si lo veía venir por el portón de la ruta, más por matar un poco la ansiedad que porque pensase seriamente en que fuese a venir. Es que para esa altura yo ya estaba convencido, en secreto, de que Tito nos había fallado. Había quedado en venir el viernes a la mañana y en llamarme cuando llegara a lo de su vieja. El martes marchaba todo sobre ruedas. En la radio comentaron que Tito se venía para Buenos Aires por problemas familiares después del partido que jugaba el miércoles por no sé qué copa. Pero el jueves, y también por la radio, me enteré de que su equipo, como había ganado, volvía a jugar el domingo, así que en el club le habían pedido que se quedara. Ese día hablé con doña Hilda y me dijo que ella ya no podía hacer nada: si se suponía que estaba en terapia intensiva, no podía llamarlo para recordarle que tomara el avión del viernes.

El viernes les prohibí en casa que tocaran el teléfono: Tito podía llamar en cualquier momento. Pero Tito

no aportó. A la noche, en la radio confirmaron que Tito jugaba el domingo. No tuve ánimo ni para calentarme. Me ganó, en cambio, una tristeza infinita. En esos años, las veces que había venido Tito me había encantado comprobar que no se había engrupido ni por la plata ni por salir en los diarios. Se había casado con una tana, buena piba, y tenía dos chicos bárbaros. Yo le había arreglado la sucesión del viejo sin cobrarle un mango, claro. Él siempre se acordaba de los cumpleaños y llamaba puntualmente. Cuando venía, se caía por mi casa con regalos, para mis viejos y mi mujer, como cualquiera de los muchachos. Por eso, porque yo nunca le había pedido nada, me dolía tanto que me hubiese fallado justo para el desafío. Esa noche decidí que, si después me llamaba para decirme que el partido de allá era demasiado importante y que por eso no había podido cumplir, yo le iba a decir que no se hiciera problema. Pero lo tenía decidido: chau Tito, morite en paz. Aunque no lo hiciera por mí, no podía cagar impunemente a todos los muchachos. No podía dejarlos así, que perdiéramos de nuevo y que nos empataran la estadística.

Al fin y al cabo, en el primer desafío, cuando era un flaquito escuálido por el que nadie daba dos mangos, y que nos venía sobrando (porque en esa época

jugábamos en la canchita del corralón, que era de seis y un arquero), yo igual le dije: “Vení, pibe, jugá adelante, que sos chiquito y si sos ligero capaz que la embocás”. Por eso me dolía tanto que se abriera, y porque cuando se fue a probar al club, como no se animaba a ir solo, fuimos con Pablo y el Tanito; los cuatro, para que no se asustara. Porque él decía: “Y yo para qué voy a ir, si no conozco a nadie adentro, si no tengo palanca”, y yo, que dale, que no seas boludo, que vamos todos juntos así te da menos miedo. Y ahí nos fuimos, y el pobre de Pablo se tuvo que bancar que el técnico de las inferiores le dijera a los cinco minutos: “¡Salí perro, a qué carajo viniste!”, y el Tanito y yo tuvimos que pararlo a Tito que quiso que nos fuéramos todos ahí mismo y decirle que volviera que el tipo lo miraba seguido. Nosotros dos, con el Tanito, duramos un tiempo y pico, pero después nos cambiaron y el guanaco ese nos dijo: “Ta’ bien pibes, cualquier cosa les hago avisar por el flaquito aquel que juega de nueve”, nos dijo señalándolo a Tito que seguía en la cancha. Pero no nos importó porque eso quería decir que sí, que Tito entraba, que Tito se quedaba, y nos dio tanta alegría que hasta a Pablo se le pasó la calentura, primero porque Tito había entrado, y segundo porque, como yo andaba con las llaves de mi casa, en la playa de estacionamiento pudimos

rayarle la puerta del Rastrojero al infeliz del técnico. Y después, cuando le hicieron el primer contrato profesional, a los 18, y lo acostaron con los premios, lo acompañé yo a ver a un abogado de Agremiados y ya no lo madrugaron más, y cuando lo vendieron afuera, yo todavía no estaba recibido, pero me banqué a pie firme la pelea con los gallegos que se lo vinieron a llevar, y siempre sin pedirle un mango. Ah, y con el Tanito, aparte, cuando nos encargamos de su vieja cuando el viejo, don Aldo, se murió y él estaba jugando en Alemania; porque el Tanito, que seguía viviendo en el barrio, se encargó de que no le faltara nada y que los muchachos se dieran una vuelta de vez en cuando para darle una mano con la pintura, cambiarle una bombita quemada, llamarle al atmosférico cuando se le tapara el pozo, qué sé yo, tantas cosas.

Nunca lo hicimos por nada, nos bastó el orgullo de saberlo del barrio, de saberlo amigo, de ver de vez en cuando un gol suyo, de encontrarnos para las fiestas. Lo hicimos por ser amigos, y cuando él, medio emocionado, nos decía: “Muchachos, ¿cómo cuernos se los puedo pagar?”, nosotros, que no, que dejé de hinchar, que para qué somos amigos, y el único que se animaba a pedirle algo era Josecito, que lo miraba serio y le decía: “Mirá, Tito, vos sabés que sos mi hermano, pero

jamás de los jamases se te ocurra jugar en San Lorenzo, por más guita que te pongan no vayás, por lo que más quieras porque me muero de la rabia, enténdeme, Tito, a cualquier otro sí, Tito, pero a San Lorenzo por Dios te pido no vayás ni muerto, Tito”. Y Tito que no, que quedate tranquilo, Josecito, aunque me paguen fortunas a San Lorenzo no voy por respeto a vos y a Huracán, te juro. Por eso me dolía tanto verlo justo a Josecito, defraudado, parado en puntas de pie sobre el techo del camión de reparto; y a los otros probándolo a Alberto desde afuera del área, con las medias bajas, pateando sin ganas, y mirándome de vez en cuando de reojo como buscando respuestas.

Cuando se hicieron las diez y media, Ricardo y el Bebé se vinieron de nuevo al humo. Les salí al encuentro con Pablo y el Tanito para que los demás no escucharan. “Es la hora, Carlos”, me dijo Ricardo. Y a mí me pareció verle un brillo satisfecho en los ojos. “¿Lo juegan o nos lo dan derecho por ganado?”, preguntó, procaz, el Bebé. El Tanito lo miró con furia, pero la impotencia y el desencanto lo disuadieron de putearlo.

“Andá ubicando a los tuyos, y llámalo al árbitro para el sorteo”, le dije. Desde el mediocampo, le hice señas a Josecito de que se bajara del camión y se viniera para la cancha. Para colmo, pensé, jugábamos con uno menos.

Éramos diez, y preferí jugar sin suplentes que llamar a algún extraño. En eso, ellos también eran de fierro. No jugaba nunca ninguno que no hubiese estado en los primeros desafíos. Cuando Adrián me avisó en la semana que no iba a poder jugar por el desgarro, le dije que no se hiciera problema. Hasta me alegré porque me evitaba decidir cuál de todos nosotros tendría que quedarse afuera. Tito me venía justo para completar los once.

Para colmo, perdimos en el sorteo. Tuvimos que cambiar de arco. Hice señas a los muchachos de que se trajeran los bolsos para ponerlos en el que iba a ser el nuestro en el primer tiempo. Yo sabía que era una precaución innecesaria. Con ellos nos conocíamos desde hacía veinte años, pero me pareció oportuno darles a entender que, a nuestro criterio, eran una manga de potenciales delincuentes. Cuando me pasaron por el costado, cargados de bultos, Alejo y Damián, los mellizos que siempre jugaron de centrales, les recordé que se turnaran para pegarle al once de ellos, pero lo más lejos del área que fuera posible. Alejo me hizo una inclinación de cabeza y me dijo un “quedate pancho, Carlitos”. En ese momento me acordé del partido de dos años antes. Iban 43 del segundo tiempo y en un centro a la olla, él y el tarado de su hermano se quedaron mirándose como vacas, como diciéndose “saltá

vos”. El que saltó fue el petiso Galán, el ocho de ellos: un metro cincuenta y cinco, entre los dos mastodontes de uno noventa. Uno a cero y a cobrar. Espantoso.

Cuando nos acomodamos, fuimos hasta el medio con Josecito para sacar. Con la tristeza que tenía, pensé, no me iba a tocar una pelota coherente en todo el partido. De diez lo tenía parado a Pablo. Si a los dieciséis el técnico aquel lo sacó por perro, a los treinta y cuatro, con pancita de casado antiguo, era todo menos un canto a la esperanza. El Bebé, muy respetuoso, le pidió permiso al árbitro para saludarnos antes del puntapié inicial (siempre había tenido la teoría de que olfear a los jueces le permitía luego hacerse perdonar un par de infracciones). Cuando nos tuvo a tiro, y con su mejor sonrisa, nos envenenó la vida con un “pobres muchachos, cómo los cagó el Tito, qué bárbaro”, y se alejó campante.

Pero justo ahí, justo en ese momento, mientras yo le hablaba a Josecito y el árbitro levantaba el brazo y miraba a cada arquero para dar a entender que estaba todo en orden, y Alberto levantaba el brazo desde nuestro arco, me di cuenta de que pasaba algo. Porque el referí dio dos silbatazos cortitos, pero no para arrancar, sino para llamar la atención de Ricardo (que siempre es el arquero de ellos). Aunque lo tenía lejos,

lo vi pálido, con la boca entreabierta, y empecé a sentir una especie de tumulto en los intestinos mientras temía que no fuera lo que yo pensaba que era, temía que lo que yo veía en las caras de ellos, ahí adelante mío, no fuese asombro, mezclado con bronca, mezclado con incredulidad; que no fuese verdad que el Bebé estuviera dándose vuelta hacia Ricardo, como pidiendo ayuda; que no fuera cierto que el otro siguiera con la vista clavada en un punto todavía lejano, todavía a la altura del portón de la ruta, todavía adivinando sin ver del todo a ese tipo lanzado a la carrera con un bolsito sobre el hombro gritando aguanten, aguanten que ya llego, aguanten que ya vine, y como en un sueño el Tanito gritando de la alegría, y llamándolo a Josecito, que vamos que acá llegó, carajo, que quién dijo que no venía, y los mellizos también empezando a gritar, que por fin, que qué nervios que nos hiciste comer, guacho, y yo empezando a caminar hacia el lateral, como un autómatas entre canteros de margaritas, aún indeciso entre cruzarle la cara de un bife por los nervios y abrazarlo de contento, y Tito por fin saliendo del tumulto de los abrazos postergados, y viniendo hasta donde yo estaba plantado en el cuadradito de pasto en el que me había quedado como sin pilas, y mirándome sonriendo, avergonzado, como pidiéndome disculpas,

como cuando le dije: “Vení, pibe, jugá de nueve, capaz que la embocás”; y yo ya sin bronca, con la flojera de los nervios acumulados toda junta sobre los hombros, y él diciéndome: “Perdoná, Carlos, me tuve que hacer llamar a la concentración por mi tía Juanita, pero conseguí pasaje para la noche, y llegué hace un rato, y perdoname por los nervios que te hice chupar, te juro que no te lo hago más, Carlitos, perdoname”, y yo diciéndole: “Callate, boludo, callate”, con la garganta hecha un nudo, y abrazándolo para que no me viera los ojos, porque llorar, vaya y pase, pero llorar delante de los amigos, jamás; y el mundo haciendo clic y volviendo a encastrar justito en su lugar, el cosmos desde el caos, los amigos cumpliendo, cerrando círculos abiertos en la eternidad, cuando uno tiene catorce y dice ta’ bien, te acompañamos así no te da miedo.

Como Tito llegó cambiado, tiró el bolso detrás del arco y se vino para el mediocampo, para sacar conmigo. Cuando le faltaban diez metros, le toqué el balón para que lo sintiera, para que se acostumbrara, para que no entrara frío (lo último que falta ahora, pensé, es que se nos lesione en el arranque). Se agachó un poquito, flexionando la zurda más que la diestra. Cuando le llegó la bola, la levantó diez centímetros, y la vino hamacando a esa altura del piso, con caricias suaves y

rítmicas. Cuando llegó al medio, al lado mío, la empaló con la zurda y la dejó dormir un segundo en el hombro derecho. Enseguida se la sacudió con un movimiento breve del hombro, como quien espanta un mosquito, y la recibió con la zurda dando un paso atrás: la bola murió por fin a diez centímetros del botín derecho.

Recién ahí levanté los ojos y me encontré con el rostro desencajado del Bebé, que miraba sin querer creer, pero creyendo. El petiso Galán, parado de ocho, tenía cara de velorio a la madrugada. Ellos estaban mudos, como atontados. Ahí entendí que les habíamos ganado. Así. Sin jugar. Por fin, diez años después íbamos a ganarles. Los tipos estaban perdidos, casi con ganas de que terminara pronto ese suplicio chino. Cuando vi esos ademanes tensos, esos rostros ateridos que se miraban unos a otros ya sin esperanza, ya sin ilusión ninguna de poder escapar a su destino trágico, me di cuenta de que lo que venía era un trámite, un asunto concluido.

Mientras el árbitro volvía a mirar a cada arquero para iniciar de una vez por todas ese desafío memorable, Josecito, casi en puntas de pie junto a la raya del mediocampo, le sonrió al Bebé, que todavía lo miraba a Tito con algo de pudor y algo de pánico: “¿Y, viste, ‘jodemil...? ¿No que no venía?, ¿no que no?” , mientras

sacudía la cabeza hacia donde estaba Tito, como exhibiéndolo, como sacándole lustre, como diciéndole al rival morite, morite de envidia, infeliz.

Pitó el árbitro y Tito me la tocó al pie. El petiso Galán se me vino al humo, pero devolví el pase justo a tiempo. Tito la recibió, la protegió poniendo el cuerpo, montándola apenas sobre el empeine derecho. El petiso se volvió hacia él como una tromba, y el Bebé trato de apretarlo del otro lado. Con dos trancos, salió entre medio de ambos. Levantó la cabeza, hizo la pausa, y después tocó suave, a ras del piso, en diagonal, a espaldas del seis de ellos, buscándolo a Gonzalito que arrancó bien habilitado.

Trancos
Pasos largos.



Este cuento se publicó en *Esperándolo a Tito y otros cuentos de fútbol*.

Si te gustó...

Fútbol era el de antes, cuento de Ana María Shua; *La gambeta más larga del mundo*, cuento de Pedro Saborido; *Historias de fútbol*, película dirigida por Andrés Wood.

“Soy de Boca, y en el barrio trato de seguir a Atlanta, no creo que haya gozo más grande que arañar un 1 a 0 sobre la hora, para quedarse gritando toda la semana una felicidad que solo el fútbol puede dar”.

Julián Troksberg

Julián Troksberg

Buenos Aires, 1975

Escritor, director y guionista. Dirigió los documentales *Simón hijo del pueblo* (2013) y *Furia, las peleas de Carlos Monzón* (2019). Su libro de cuentos *La ruta hacia acá* (2011) ganó un premio del Fondo Nacional de las Artes.

Rúper

MI ABUELO RUPERTO NACIÓ EL 27 DE AGOSTO de 1914 en un poblado llamado Masa, o tal vez Maza, o incluso Mazza, en la provincia de Buenos Aires, o quizá de Santa Fe, no está del todo ubicado porque nunca nadie de la familia se preocupó por encontrarlo en un mapa.

Las dos fotos más antiguas que tengo de él, sin embargo, están sacadas en un lugar llamado San Estéfano.

En una, fuera de foco, se pueden adivinar las figuras de un adulto y un chico en una plaza desierta. Detrás, una iglesia, o algún edificio con un reloj, se recorta contra el cielo sin nubes. Hace mucho alguien me confirmó que eso era San Estéfano, y esos, mi bisabuelo con uno de sus hijos, que debe ser Ruperto. El sol baja directo, de golpe, y apenas los cuerpos dibujan una escasa sombra hacia la izquierda. Parece el mediodía y cuando, muchísimos años después, viajé por primera vez a San Estéfano, sentí que el sol de las doce me caía de lleno encima,

caluroso y recto, de la misma manera que les caía a los personajes de la foto.

En la otra, un grupo de chicos juega a la pelota. Uno tiene la pierna derecha extendida, en el aire, como si acabara de patear. A su lado, un nene mira un punto fuera de cuadro mientras otro debe ir corriendo y por eso se congeló movido. Pero hay otro más, a un costado, de perfil, que sigue la acción. Parece solitario, ajeno a lo que hacen los otros, distinto. Ese es mi abuelo.

Ruperto creció con la promesa de un San Estéfano de futuro excitante, vertiginoso, que transformaría el pueblo en una ciudad culminante. San Estéfano crecería para todos lados: hacia arriba, en altura, pero más que nada hasta ensanchar sus límites sobre los sembradíos de duraznos y los campos ralos donde se criaban chanchos, también se desbordaría sobre el río en un puerto cardinal para la salida y entrada de productos. Llegarían barcos de gran calado, repletos de marineros ucranianos dispuestos a cargar lo que haya que cargar y a gastar sus días en San Estéfano dándole un toque dinámico, mundano, de urbe moderna y cosmopolita.

Nada de eso ocurrió y San Estéfano se mantuvo cha-

Soporífero
*Muy aburrido; que
 adormece.*

to, lento, siempre igual a sí mismo, con un ritmo soporífero. Las horas de la siesta empezaban temprano por la mañana y

acababan cuando se venía la noche. Los jóvenes de San Estéfano, y mi abuelo entre ellos, podían agradecer que, para hacer algo, existiera el fútbol.

Era alto, fornido, con el tipo de cuerpo musculoso que se usaba antes, en los treinta o los cuarenta. Esos cuerpos indudablemente torneados por la actividad física, pero extrañamente dis-

Torneados
*Bien formados;
estilizados.*

tintos a las líneas musculares de la actualidad. Así se lo puede ver junto con varios amigos en la foto que hoy encontré: sus torsos al sol, metidos en un arroyo escueto, el agua hasta las rodillas, sonriendo la adolescencia, en pleno festejo del aniversario de una institución deportiva que de manera insólita llamaron La Pileta a pesar de que nada tenía que ver con la natación o con actividad acuática alguna. Puedo apostar que varios de ellos, Ruperto sin dudas, apenas sabían bracear para mantenerse a flote y se hubieran ahogado de tener que nadar un par de metros seguidos. En el reverso de esa foto está anotada la fecha, los nombres (Ruperto ya por entonces es Rúper) y una inscripción enigmática que no pude descifrar y que quizás sea una clave de todo esto; y que calculo que se perderá cuando yo muera y mis parientes dejen las cajas de fotos para que se las lleve el basurero, así como se empezó a perder cuando mi abuelo olvidó esta copia en un cajón repleto de rulemanes.

Qué era lo que verdaderamente hacían en La Pileta, o contra quién competían, es una incógnita. No hay huellas en San Estéfano de jornadas deportivas en las que hayan participado ni rastros de esplendor de los nombres de la foto. O por lo menos nada registran los archivos del periódico de aparición semanal *El Universal*. Tampoco las carpetas históricas del museo local (o lo que queda de él: sufrió un derrumbe en el 67) ni los expedientes de lo que ahora es la Secretaría Municipal de Deportes y Recreación, y que durante medio siglo fue apenas un escritorio patrimoniado en la de Bienestar Social y Civismo.

Por lo que pude averiguar, los integrantes de La Pileta conformaban un sólido equipo de fútbol en el que Rúper era confinado a jugar de arquero. Dicen incluso que atajaba bien: parado tres pasos delante de la línea de gol para achicar la valla, buen salidor hacia los costados, capaz de jugar con los pies y también de volar de palo a palo de ser necesario.

Sin embargo, a pesar de esas aptitudes, la verdadera pasión de mi abuelo resultó ser arbitral: el referato.

No eran tantas las ocasiones en que Rúper podía desarrollar su tarea y demostrar su don. Pero cuando lo hacía, sus fallos eran ecuánimes; sus juicios, inquebrantables y sus sanciones, justas. No se dejaba amedrentar por *centroforwards* prepotentes, ni por zagueros bestiales. No

cedía a la presión de favoritismos ni localías, y poco le importaban las parcialidades enardecidas. Su actitud era reconocida como ejemplar. Por eso, su trayectoria fue corta y, más que nada, accidentada. No era anormal que corriera para escapar de jugadores desaforados o hinchas furiosos, un peligro que no solía disminuir enseguida: cuentan que pasó cuatro días encerrado en un baúl, y también todo un verano escondido en una chacra del otro lado del río mientras sus hermanas lo visitaban en llanto para recomendarle que no volviera nunca más.

Su pasión era tan genuina que creo que por eso no llegó a nada.

Después Rúper se casó, se fue a vivir a Buenos Aires, tuvo hijos y después aparezco yo. Cuando lo conocí ya no era Ruperto, ni Rúper, sino el abuelo. Había perdido todo el pelo, vivía en un cuarto piso y tenía la particular capacidad de generar charlas vacías en los ascensores para tapar la incomodidad que se da entre vecinos. Nunca le escuché decir nada sobre árbitros, jueces de línea o referís.

Había pagado durante años una platea en la Bombonera hasta volverse vitalicio. En la bandeja media, ni muy alta, ni muy baja, del centro tirando hacia Casa Amarilla, en una zona en la que todos usaban sombreros gastados para no arruinar uno bueno con las meadas que chorreaban de arriba. Ahí me colaba algunos

domingos en la época en la que Boca no ganaba nada y era un equipo que naufragaba por la mitad de la tabla jugando horrible.

Siempre pensé que seguir a Boca era su placer. Un entusiasmo medido, sereno, como para que de sus tres hijos uno saliera mujer, otro de River y recién el tercero, hincha de Boca.

Y entonces muchos años después, cuando ya parecía que mi familia no tenía más cosas para dar, descubrí un cuaderno lleno de recortes de diarios, sepultado en una valija de cartón. Empezaba con notas funerarias sobre gente de la que no escuché hablar y seguía con crónicas futbolísticas de la liga de San Estéfano y los pueblos vecinos. No se nombraba La Pileta y tampoco parecía guardar coherencia alguna. Recién cuando las releí pude entender que todas hablaban, en algún momento, del juez del partido. Generalmente de manera incendiaria o indignada, hablando pestes del referí.

Nunca iba su nombre, así que lo consulté con mi familia. Resultó que nadie sabía nada de esto y, si me pongo más fino, tampoco sabían sobre La Pileta, sobre los años de Rúper en San Estéfano, ni sobre mi abuelo en general. O lo que supieron se lo olvidaron cuando mi abuela también murió y se dedicaron a vender todo lo que pudieran vender y a tirar el resto.

Como tampoco sé mucho sobre mi papá, o tal vez justamente por eso, me gustaría saber qué escondía mi abuelo, aplastado por la normalidad del Peugeot y sus anteojos de marco marrón.

Por eso reescribí algunos recuerdos que tengo de él. Como este:

Yo miro correr a los jugadores de Boca, parado delante de él, y él me agarra de los hombros. Mientras los plateístas putean (mucho a los jugadores visitantes, bastante a los locales, y en especial, y con constancia y fruición, al árbitro del partido), mi abuelo se concentra en ese tipo que va por la cancha solo, de indumentaria todavía negra, impoluta, apenas acompañado por dos escuderos con banderines de colores. Disfruta de lo que no fue, absorbo en un placer deportivo secreto, diría humillante, morboso, que no tiene nada de normal para el resto de los que estamos en el estadio.

Escudero

Se refiere a los jueces de línea.

Y tal vez sea esa justamente su gracia. Un goce íntimo, que no se comparte con nadie, en un país que siempre dio árbitros de mierda y en el que cualquier tipo de justicia fue siempre una quimera o una calamidad.

Ahí giro y lo veo. Tiene un gesto en la cara que en el momento confundo con agudeza, con plenitud, pero no puede ser más que dolor.

Ahora volví a San Estéfano para buscar alguna foto que me confirme lo que ya sé. Que me muestre a Rúper vestido de negro en medio de un terreno de juego. Camino por lo que finalmente se volvió una gran ciudad y, justamente por eso, perdió toda gracia. Un tipo de *El Universal* al que le di 150 pesos para que busque me dice que no existe, que no hay, porque no quedan fotos de árbitros ni referís en el archivo del diario. Me palmea en el hombro mientras agarra los billetes y me obliga a probar un bollo de crema espantoso bajo los focos con dicroicas de un bar del centro.

Anochece y en la calle nos damos la mano. Me explica

Camalote
*Planta acuática
 americana de grandes
 hojas de color verde
 brillante y flores lilas.*

que, cuando sopla el viento del norte, llega una brisa refrescante; pero cuando, como hoy, el viento viene del sudeste, trae olor a pescado podrido, a lluvia y barro, a camalote, a la densidad de los granos fermentados en los silos del puerto.

En la calle crecen esos árboles que son como brazos con reuma. Manchados, con el torso seco, como el de mi abuelo.

Está enterrado en el cementerio de San Estéfano y ahí voy. A dejarle una camiseta negra, un silbato, unas tarjetas rojas y amarillas en vez de flores, algo, un cariño, no sé.

Cuando llego, un empleado del cementerio está cerrando la puerta con un candado oxidado. Me quedo ahí, parado, envuelto en la brisa pestilente que llega del río. Sin nada para decir. No le hubiera pasado a Rúper, seguramente dispuesto a entablar una conversación plagada de frases hechas, cargadas de sinsentido, que llenaran cualquier silencio. Dispuesto a adicionar un par de minutos para que el partido terminara como tenía que terminar.



Este cuento no se publicó previamente.

Si te gustó...

Apache, en busca de Carlos Tévez, novela corta de Sonia Budassi;
Ayer vi ganar a los argentinos, crónica de Roberto Arlt; *Tiempo de descuento*, corto dirigido por Flavio Nardini.

“El sapo de otro pozo fracasa cuando vuelve a su pozo. Ella, la volante central con más ímpetu que Blas Giunta, es la ranita triunfante del cuento. Saltó al vacío, que es lo mismo que llenar el lugar que nos está prohibido. Su relato nos hace reflexionar sobre cómo se reconstruye uno después del viaje a la desilusión. Y qué lugar les damos a todos esos que nos dicen que no podemos”.

Marina Zucchi

Camila Gómez Ares

Buenos Aires, 1994

Es periodista deportiva y futbolista. Fue Medalla de Oro en 2007 y 2009, Bronce 2010 y Plata 2008 en los Torneos Juveniles Bonaerenses y Medalla de Plata 2008 en los Juegos Nacionales Evita. En 2011 fue convocada para formar parte de la Selección Femenina de Fútbol SUB 20. Su cuento *La otra mitad* forma parte de la antología *Pelota de Papel 3, Cuentos escritos por mujeres futbolistas*, junto con los relatos de otras jugadoras de Argentina, España, Uruguay, Brasil, Costa Rica, Ecuador y Portugal. Actualmente es volante central del Club Atlético Boca Juniors de la Primera División Femenina.

La otra mitad

OBSERVABA CON ADMIRACIÓN A LOS CHICOS que jugaban al fútbol.

Yo me pedía la misma camiseta que ellos usaban y llevaba una pelota entre las manos, preparada para entrar en acción en cualquier momento. Sentada en uno de los antiguos bancos del club pegados a la línea del lateral, los veía como jugadores profesionales, tenían 6 años y para mí, que andaba por los 3, eran muy mayores. Pero no me importaba, tres veces por semana me colaba para entrenarme con ellos, hasta que venía mi mamá a sacarme de la cancha y llevarme a gimnasia artística con mi hermana mayor. Yo rogaba: —¡Un lateral más ma! ¡Un córner más!

Uno de esos días, el entrenador del equipo de mi hermano, de esos chicos que yo siempre miraba

jugar, me prometió: —Cami, el domingo te pongo en el equipo—. Y así fue.

Me senté en el banco de suplentes con toda la ilusión del mundo, tan grande como la de cualquier chico a punto de jugar su primer partido. Casi al final llegó la gran frase: Mi técnico gritó: —¡Cambio, juez!—, y entré corriendo apurada, con mis dos colitas rubias saltando como mi corazón, casi sin mirar a mis compañeros y concentrada en los contrarios, analizándolos uno por uno. Escuché los aplausos y las voces de aliento del público, los padres y los hermanos de mis compañeros. Me puse en el centro de la cancha, preparada para dejarlo todo, con unas ganas inmensas. Los jugadores de mi equipo, acostumbrados a verme entre ellos, esperaban que se reanudara el partido. Los contrarios sólo me miraron para resolver quién me tenía que marcar.

Pero algo pasó.

Me lo pregunté en ese momento y la pregunta vuelve todavía hoy: ¿qué fue lo que pasó?

El director técnico contrario había decidido

retirar a su equipo al ver una niña en la cancha. Era un señor pelado que lucía el conjunto deportivo de su club y tenía el ceño fruncido, un gesto que parecía decir: —¿Mis jugadores están enfrentando a una nena? ¡No!— Mi entrenador me sacó de la cancha, volví al banco y el partido continuó como si nada.

Como si hubiera pasado un fantasma.

En mi lugar ingresó un compañero, el equipo contrario regresó a la cancha y todo volvió a la normalidad. En mi memoria guardo cada detalle, aunque quizás en ese momento no entendía la magnitud de lo que sucedía.

Empecinado, mi técnico conversó con el juez y al parecer lo convenció. Ya con el tiempo cumplido, se escuchó nuevamente el grito del árbitro: —¡Cambio!—, mientras le hacía señas al público para que comprendiera que el partido estaba concluído pero que se jugaba un minuto más de alargue, rematando el montaje con una guiñada de ojo.

Recién en ese momento volví a entrar, sin entender esa escena previa y sin saber que ese minuto

más no tenía ninguna validez. Todos —menos yo— sabían que esos sesenta segundos extra tenían el único fin de permitirme jugar sin que el resultado del partido variara. ¡Y entré! Corriendo orgullosa, con una ansiedad increíble. Y me volví a posicionar en la cancha preparada para vivir ese gran momento, mirando sonriente a mi mamá, como lo hacía en cada entrenamiento.

Y se fueron. Otra vez retiraron el equipo contrario.

Quedamos sin batalla, sin adversarios, sin posibilidad de jugar.

No había minuto, no había simulación, no había complicidad entre el técnico y el árbitro, no quedaba nada, sólo la decepción y esa mitad de la cancha vacía, solitaria. Y allí quedé parada, con mis botines nuevos sin estrenar, con mi camiseta amplia, muy larga, que me llegaba casi hasta las rodillas, con la ilusión de ser parte, de jugar como los demás.

No pudo ser. Quedó mi equipo en la cancha sin argumentos, todos los jugadores parados de frente a esa mitad vacía, que nos dió la espalda.

Pasó el tiempo, se abrieron caminos, cambiaron algunas cosas, pero todavía hoy, más de una vez, miro para atrás, no tan para atrás, y sigo viendo ese paisaje. Sigo viendo media cancha vacía.



Este cuento se publicó en *Pelota de papel 3*,
Cuentos escritos por mujeres futbolistas.

Si te gustó...

Sucias de caucho, cuentos de Autoras varias;
Disquisiciones sobre la habilidad (y otros relatos relatos futboleros), cuentos de Gustavo Grabia; *Picado grueso*,
cuentos de Juan Sasturain.

“Creo que alguien al
que le gusta el fútbol
tiene más chances de
ser feliz que alguien
al que no”.

Ariel Magnus

Ariel Magnus

Buenos Aires, 1975

Escritor y traductor argentino. Ha publicado *Un chino en bicicleta* (2007), *El hombre sentado* (2010), *La cuadratura de la redondez* (2011), *Ganar es de perdedores y otros cuentos de fútbol* (2011), *La 31, una novela precaria* (2012), *Cazaviejas* (2014) y *El aborto, una novela ilegal* (2018), entre otras obras. Además de su labor como autor, Magnus colabora con las revistas *SoHo*, *Gatopardo* y en el suplemento *Radar de Página/12*.

Nace antes

*Con el pase que le di a Maradona,
si no hacía el gol era para matarlo.*

El Negro Enrique

EL GOL LO HACE RIVAS, SÍ, PERO LA JUGADA nace antes, con el pase de Cralotti. El tipo podría haberla abierto hacia el costado, pero decidió seguir por el medio. Ahí ya se gesta el gol.

—Para eso andá un poco más atrás, porque no sé si te percataste de que todo viene de un lateral mal hecho por Aldebaro. En vez de asegurarla hacia atrás, la tira paralela por sobre el ocho de ellos. Ahí es donde Paz la pierde, hay un rebote y arranca Cralotti.

—Lateral que no fue, dicho sea y no sé si tan de paso. El último en tocar la pelota es claramente

Aldebaro. Si gana el lateral es porque el otro se duerme. El juez hace la fácil y deja que se cobre el jugador más despierto.

—Es que Rolo le seguía reclamando el agarrón del tres de ellos. Eso al juez lo pone nervioso, lo influye. Un buen ejemplo para los que se quejan de los jugadores que se quejan demasiado. Nunca en la vida un juez va a retroceder en su fallo por lo que diga un jugador, pero hablarle lo influye. Le mete presión.

—O sea que podríamos decir que de alguna manera el gol nace con Rolo.

—Yo te diría que con el agarrón del tres. Fijate vos lo que te puede costar una falta propia que no le cobran al contrario.

—Los caminos de la ley de ventaja son inescrutables.

—Una corrida bárbara, esa del Rolo. Si el tres de ellos no le usa la camiseta de freno de mano se mete al arco con pelota y todo. Y eso que ya venía corriendo desde mitad de cancha.

—¡Desde antes! Si el que rechaza el córner en el primer palo es él.

—Tenés razón. Rivas la aguanta, pase al Pelado, y ahí va para el Rolo.

Inescrutable
Misterioso,
impenetrable.

—Agarrón, pelotazo del último de ellos, Aldebaro que se cobra el lateral, rebote, Cralotti, su ruta.

—Igual sabés que me quedé pensando que no es casualidad que el córner se haya quedado en el primer palo. No sé si sabías que ahí la cancha tiene como una bajadita, no muy pronunciada, pero suficiente como para que llegues medio cansado a patear.

—Cómo no. Y el banderín está medio chanfleado, apenitas pero ya te marea. Por eso cuando jugamos de locales elegimos el arco de la avenida, para que en el segundo ellos tengan que tirar los córners del lado del río.

—Parece mentira cómo un detalle así puede definir un partido. Hilando fino, podríamos decir que el gol nace ahí porque el Rolo se pone en el primer palo sabiendo que la pelota va a salir débil.

—Y no sé, mirá lo que te digo, no sé si, antes, el Colorado no la tira al córner a propósito. Porque va al piso como para empujarla al lateral, pero después medio que la deja seguir hasta la línea de fondo.

—En ese caso la jugada nace ya en el vestuario, con el cambio que hace Pino, poniéndolo al Colorado en el lugar de Vargas.

—Y sí, ese cambio ya es medio gol. El equipo sale parado de otra manera. Cralotti se vuelca a la derecha y ahí se empieza a juntar con Rivas.

—Sí, pero no nos olvidemos de que gracias a Vargas no nos comimos una pepa al final del primer tiempo. Se tiró con todo para cortar al nueve de ellos y le sacaron una naranja con pintitas bordó. Casi que lo obligó a Pino a que lo cambiara.

—Eso sin contar que a los cinco minutos de empezar el partido, en ese tiro libre que el negro Abramovich mete un poco demasiado pasado, Vargas se cuelga del cuatro de ellos y se le cae encima.

—Es cierto, lo aplasta. Pero es una jugada sin trascendencia.

—¿Sin trascendencia? ¿Y quién es el que no lo alcanza a frenar a Rivas en el gol?

—El cuatro de ellos, tenés toda la razón.

—Vargas lo deja medio chueco a los cinco del primer tiempo. Y a los diecisiete del segundo llega nuestro gol. Mirá qué poca trascendencia.

—Igual te digo que el cuatro de ellos ya venía desconcentrado de antes. Él fue el que le tocó el auto al señor Miño antes del partido.

—¿Él fue? Me dijeron que casi se van a las manos.

—Y cómo. Por eso te digo que el tipo ya entró nervioso. Trastornado.

—Es que es así, todo influye en un partido decisivo. Todo tiene su trascendencia. El señor Miño, por ejemplo, se hizo cargo de la administración del club por gestión de Gálvez. Nadie lo quería, y mirá ahora, le agradecemos el gol más importante de nuestra historia.

—Y sí, al cuatro un poco lo desconcentró.

—No, pero no lo digo por eso, sino porque él fue el que trajo a Antonio, que tuvo la idea del córner en desnivel. El gol lo habrá metido Rivas, pero la jugada la armaron entre Miño, el jefe de mantenimiento y Pino.

—Para eso no te olvides de mí, que lo traje a Pino cuando terminamos la cancha nueva.

—Cancha nueva que, no hace falta que te recuerde, empezó a hacerse realidad gracias a mis gestiones con el gobernador.

—Gran jugada esa.

—La verdad.

—Ahora va a terminar resultando que el gol lo metimos nosotros.

—Y bueno, visto así en perspectiva...

—Visto en perspectiva lo metió don Anselmo cuando fundó el club.

—Antes su abuelo, que fue el que trajo el fútbol profesional a la provincia.

—Para eso remitámonos al que lo trajo al país, o al inglés que lo inventó.

—O al que inventó la pelota.

—Al primer hombre que sintió la necesidad de jugar con otro en vez de pelearlo.

—Claro. La guerra se sabe cuándo empieza, pero no cuándo termina. En cambio un partido se sabe cuándo termina pero nunca en qué momento empezó.

—Para mí, cuando todavía jugaba, el partido empezaba en el momento de poner el primer pie sobre el banco del vestuario y atarme los cordones del botín derecho. Siempre primero el derecho.

—Para mí empezaba antes, cuando sacaba las medias del cajón y las desenrollaba sobre la cama. Porque una vez me pasó de traer dos distintas.

—Bueno, si vamos a hilar fino, la noche anterior yo ya dejaba todo listo sobre la silla. Canilleras, carnet, peine, todo.

—Para mí cada partido empezaba en realidad al principio del campeonato, cuando nos repartían los fixtures. ¿Te acordás? Ahí vos veías que por ejemplo en la octava fecha tocaba contra Talleres, y ya te ibas mentalizando.

—Y como hincha lo mismo. Yo, por ejemplo, ya estoy palpitando el campeonato que viene.

—Es que la previa es casi tan importante como el partido mismo.

—Más. Yo te diría que más. La previa es todo.

—Es lo que siempre decía mi viejo con las minas: la previa es todo.

—Y sí, porque un garche, por ejemplo, ¿cuándo empieza? Uno sabe que dura lo que dura dura, pero ¿quién te dice donde empezó todo? Tal vez a la minita ya te la empezaste a ganar con un gesto de hace años.

—Por eso yo desde chico antes de salir chequeo que tengo el peine. Ante todo, presencia.

—Es que un levante empieza ya en el momento en que elegís un perfume, o cuando decidís dejarte crecer el bigote.

—Te diría que antes, en el tipo de dieta que llevás, en tus gustos musicales. Yo a mi jermu, por ejemplo,

me la conquisté cuando empecé a escuchar a Julio Iglesias, y eso fue años antes de conocernos.

—Julio Iglesias quería ser arquero, pero tuvo un accidente y tuvo que dejar la carrera. Siempre me pregunté qué hubiera sido de él si no tenía ese accidente.

—Ah, yo también soy de los que después, cuando el partido ya pasó, se quedan pensando qué hubiese pasado si la pelota entraba, si nuestro arquero atajaba el penal.

—Yo a veces lo pienso tanto que hasta puedo ver cómo alguien la saca al córner, o cómo el arquero llega con lo justo. Te juro que lo veo como si hubiera pasado.

—Todavía, mirá qué loco, todavía hoy yo sigo preguntándome qué habría pasado si pega en el palo y se va la pelota que la Chancha Arrengui metió en contra en el último minuto. Treinta años pasaron de ese partido y yo sigo pensando qué hubiese pasado si pegaba en el palo y salía, en vez de pegar en el palo y entrar.

—Qué jugador igual la Chancha, eh. Me acuerdo que gritaba los goles antes de meterlos.

—¡Antes de entrar a la cancha! Hoy hago dos, nos decía, y los gritaba en el vestuario. Después salía y hacía dos.

—Un campeón, Arregui. Y qué presencia. Si mal no recuerdo se movía a la madre de Rivas.

—Se la conquistó precisamente por ese gol en contra. No sé si te acordás cómo estaba después del partido. Y ahí ella se le acercó a consolarlo.

—Quién te dice que no sea el verdadero padre de Rivas.

—La verdad. Quién te dice que ahí no nació todo.



Este cuento se publicó en *Ganar es de perdedores*.

Si te gustó...

Triunfamos (El día de la mujer futbolista), cuento de Norma Saralegui; *La observación de los pájaros*, cuento de Roberto Fontanarrosa; *Escape a la victoria*, película dirigida por John Huston.

Se terminó de imprimir en los meses
de noviembre y diciembre de 2021
en los talleres gráficos de Arcángel Maggio,
calle Lafayette 1695, Ciudad Autónoma
de Buenos Aires, Argentina.



90 minutos

Cuentos de fútbol

Empezó el partido. Arde el fuego de la pasión en la tribuna. Esa pasión que inflama sus corazones con el mismo entusiasmo que siente quien va por primera vez a la cancha a conocer en persona al equipo que será dueño de su amor por el resto de su vida. Este libro homenajea esa pasión. Para ustedes, fieles amantes del deporte más popular, son estas historias.

ISBN 978-987-9915-08-1



librosycasas.cultura.gob.ar

